

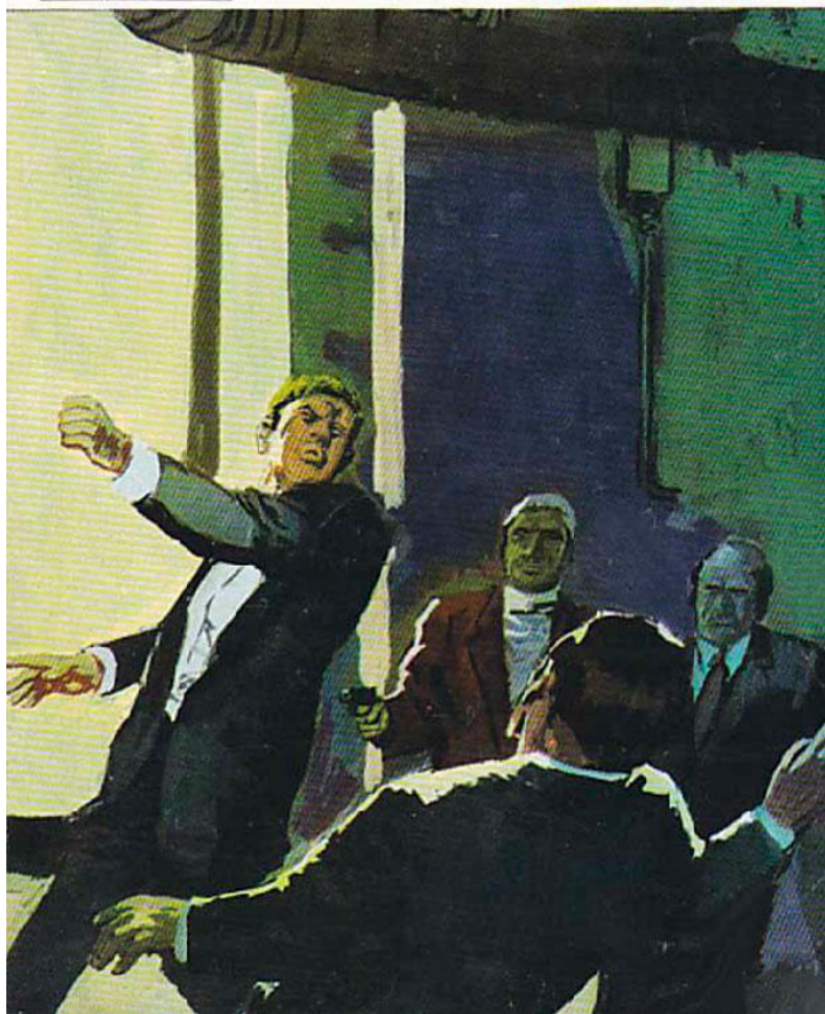
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

divide y vencerás

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

DIVIDE Y VENCERAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 445

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 34.488 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: noviembre, 1970

© RALPH BARBY, 1970
sobre la parte literaria

© DESILO - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.159. —Pista para pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.032. —Un tigre, tres ingenuas.

En Colección BUFALO:

870. —Grabado al plomo.

En Colección CALIFORNIA:

714. —Dúo para sogá.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614. —Legionarios del «Colt»

En Colección COLORADO:

462. —Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

431. —Asesino bondadoso.

En Colección ASES DEL OESTE:

374. —Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:

620. —Escuadrón bárbaro

CAPÍTULO PRIMERO

El propietario de la funeraria Frank E. Campbell de Nueva York radicada en la Madison Avenue, se hallaba feliz en cuanto a la marcha de su negocio se refería en aquel lluvioso día de otoño.

Michel Carrigan, fiscal federal del condado de Nueva York, tenía el ceño fruncido; estaba molesto. Junto a él, el agente federal Buck Sherman observaba con sarcasmo lo que ocurría en el interior del establecimiento.

—Parece que al final no va a venir nadie al entierro del rey del sindicato del crimen.

—Protección, estupefacientes, prostitución, etcétera, etcétera, ése era su reino.

—Y sus súbditos prefieren no dejarse ver a la luz del día.

—Ni a la de la noche ni a la de infrarrojos —comentó el fiscal, empeñado en su lucha contra la poderosa y temible organización internacional.

Buck Sherman era mucho más joven, alto y apuesto que Carrigan. Era un agente especializado en la lucha contra los sindicatos del crimen, cuando podía haber tenido un cargo más tranquilo en el departamento de inmigración, pero Sherman siempre había amado la lucha, el riesgo, y en su enfrentamiento contra aquellos delincuentes no le faltaban tales sensaciones.

—Se habrán temido que todo estaba preparado para filmarlos, grabar sus voces y recoger todas sus huellas digitales.

—Hasta medidas antropométricas —agregó Sherman—. Era lógico que se olieran esto, pero era nuestro deber prepararlo todo por si alguien acudía al funeral. Para poderlos combatir es importante conocer quiénes son, qué cargos ocupan.

—En una palabra, ficharlos oficiosamente. Sin embargo, no sé si se ha fijado en las ratas, Carrigan.

—¿Qué ocurre con estos bichos?

—Que cuando ven a una de ellas muerta, las otras se alejan cautamente para no perecer también.

La funeraria Campbell olía fuertemente a flores. El olor de una flor era grato, pero de millares resultaba insoportable, mareaba.

En todas las paredes aparecían grandes y costosas coronas colocadas sobre los bancos. No había lugar en el establecimiento que no quedara tapizado por las coronas de flores, con sus crespones negros en los que se podía leer:

«A SERAFINO LAVINATRA DE...»

El resto, en negro, sin letras doradas ni de ninguna clase. El mundo del crimen se había volcado en aquel costosísimo funeral, mas ninguno de sus miembros había hecho acto de presencia.

El féretro era de triple madera, roble, haya y caoba, con cerraduras también triples y asas de plata.

—Es el funeral más costoso que yo he preparado jamás — aseguró el hombre vestido de negro y de piel pálida que iba de un lado a otro ordenando flores, ya que otra cosa no podía hacer.

—Y también el entierro más solitario que pueda imaginarse — objetó el fiscal Carrigan.

—Sin embargo, todo un mundo está detrás del cadáver de Lavinatra.

—Sí, y no se ha podido comprobar que el accidente fuera provocado.

—Es lo mismo que se dice de los generales, Sherman.

—Ya. Los generales mueren en la cama y los soldados en el campo de batalla.

—Así ha sucedido con Lavinatra. Bueno, no puede decirse que haya muerto en la cama, ha sido una muerte violenta, pero no la que se había buscado durante su vida.

—Ahora, todos sus secuaces estarán a la expectativa, silenciosos, mirándose irnos a otros recelosamente.

—Sí. Al igual que cuando un gobierno cae, debe constituirse otro.

—Ha muerto el rey, viva el rey; es la frase usual.

—¿Y quién será el rey?

—Sólo las altas jerarquías del sindicato lo saben. Posiblemente, el rey venga de Italia.

—Si pudiéramos cazarlo antes de que comenzara a reinar...

—Éste puede ser un gran momento para la justicia. El río del hampa está revuelto.

—Y nosotros, como pescadores, podemos salir beneficiados, claro que habría que poner toda la carne en el asador como vulgarmente se dice.

—Por falta de riesgo no nos quedaremos, Carrigan.

—Sé que cuento con usted, Sherman, pero esto va a ser muy difícil.

—Los sindicatos del crimen siempre han sido un problema grave, no sólo para nosotros, sino para muchos países.

—Sí. Ahora con suerte, pero arriesgándonos mucho, podríamos asestarle un golpe mortal, lo que no es más que una ilusión.

—La verdad es que hubiera sido estupendo poder fichar a unos cuantos que se presentaran aquí, pero están agazapados en sus guaridas, esperando la entrada del nuevo rey y posiblemente éste formará una nueva corte, lo que quiere decir que algunos caerán para que otros ocupen su puesto.

—Seguramente, el asfalto se teñirá de sangre.

—No me gusta la sangre, pero a la sociedad no le iría mal que esa gentuza, entre la que abundan personas elegantes y millonarias, se barrieran los unos a los otros desapareciendo del mundo de los vivos. Esa gente vive extorsionando al prójimo, amenazándolo de muerte y matando si no pagan lo que ellos piden.

—Eso podría suceder si hubiera una reacción en cadena que todos desconfiaran entre ellos. Cuando se les ponga nuevo rey, aceptarán su mandato y no les quedará más remedio que soportar a los nuevos dirigentes si no quieren desaparecer en las sucias aguas del East River o del Hudson.

—Quizá vuelvan a los viejos tiempos y utilicen el pijama de cemento y otras barbaridades.

—También es posible que no corra la sangre, que aguarden a la expectativa a que venga pronto el nuevo rey del sindicato del crimen y acepten lo que él ordene. Luego, las volverán a rodar como hasta ahora.

—Lo que sería funesto para nosotros. Podemos saber el nombre de rey como conocíamos el de Serafino Lavinatra, pero nada podíamos contra él, ni siquiera ponerle una infracción de tráfico. Ha

tenido que ser el destino quien terminara con su vida, ya que él no se ensució las manos directamente jamás. Otros se ocuparon de hacerlo por él. Un rey servido por criminales, temido por la gente honrada e intocable para la justicia. Sabe ampararse en las leyes de nuestro país y siempre está rodeado por una nube de los mejores abogados de la nación.

—Sí, pero deberíamos impedir que el rey se instalara en su trono, formara su gobierno y todo volviera a la normalidad. Cuando eso ocurre, sólo podemos detener a peces pequeños que luego los abogados se encargan de sacar de la cárcel. Esos hampones, sintiéndose seguros, se ríen de nosotros.

—Sí. El destino, con la muerte accidental de Lavinatra, puede habernos brindado una oportunidad para segar la hierba del hampa, pero la sorpresa de la muerte del rey del sindicato ha sido tan rápida que no he tenido tiempo de pensar la forma de asestarle un golpe mortal.

—Toda la fuerza policial nada podría hacer en estos momentos. Ellos se quedarán quietos, no se les podrá culpar de nada, vendrá el rey y se instalará en su trono. Caerán los débiles, se renovará el equipo ejecutivo y quizá sea peor que antes.

—¿Quiere decir que con todo nuestro poder policial, el F.B.I, y la policía estatal nada podrán hacer?

—Creo que no, Sherman.

—Entonces, emplee el agente catalizador.

—¿El agente catalizador?

—Sí. Un agente catalizador, mezclado entre dos sustancias que permanecen quietas, hace que éstas reaccionen quizá violentamente.

—¿Quiere decir que metiendo una manzana podrida en un cesto repleto de ellas conseguiría que se pudrieran todas?

—Bueno, no es exactamente esa metáfora pero quizá valga. El agente catalizador hace reaccionar las sustancias que le rodean y al final de la violenta reacción, puede estar perfecto, sin deterioro, sin haber cedido un átomo de su composición.

—¿Y cree que hay alguien lo suficientemente capaz para mezclarse en la corte ahora fúnebre del sindicato del crimen y hacer que reaccionen entre ellos?

—Bueno, conozco a alguien capaz de eso, por lo menos lo

intentaría.

—¿Y cuál es su nombre?

—Buck Sherman, fiscal.

El fiscal le miró serio. Después, sonrió.

—¿Se da cuenta de que tratar de actuar como catalizador en ese mundo del hampa es como sentarse voluntariamente en la silla eléctrica?

—Cuando me dieron la insignia del F.B.I., alguien me advirtió que esa vistosa placa no es precisamente una garantía para llegar a viejo.

—Comprendo, pero es mucho riesgo. No puedo pedirle a nadie que se suicide, aunque sea por el bien de mucha gente, por el bien de la justicia, por la limpieza de nuestra sociedad.

Pese a sus velas encendidas, el recinto no olía a cera quemada, sino a centenares de miles de flores. Jamás en la avenida Madison se habían visto tantas flores. Era como si todas las floristerías de Manhattan hubieran tenido que vender sus existencias a los anónimos compradores que habían pagado con billetes metidos en sobres carentes de huellas, ya que el laboratorio del F.B.I. se había volcado totalmente para sacar el máximo partido de la inesperada situación. Mas, ni un nombre ni una sola huella. Nada. Sólo flores, muchas flores y el mejor entierro que se podía recordar en Manhattan en mucho tiempo.

—Es ya la hora —dijo el propietario de la funeraria—. Aunque no haya venido nadie es el momento de realizar el recorrido hasta el cementerio. Va a ser un sepelio espectacular, porque afuera hay un avispero de reporteros con sus cámaras preparadas. Si no fuera por la policía Metropolitana, esto habría quedado invadido.

—Sí, aquí dentro gozamos de una tranquilidad de la que no se disfruta en la calle —admitió el fiscal federal Carrigan.

Buck Sherman añadió:

—Se pidió a todos los reporteros que facilitaran las cosas y por ahora han cumplido, lástima que no haya servido de nada.

—¿De nada? —preguntó Campbell, perplejo.

El fiscal federal, que no tenía deseos de explicar al propietario todas las precauciones que se habían tomado para poder identificar a cuantos se presentaran al sepelio, objetó:

—Proceda, señor Campbell. Que saquen ya el ataúd, no vamos a

pasarnos el día aquí dentro.

—Sí, éste es el mejor momento. Dicen que afuera ha cesado de llover.

Los empleados de la funeraria, seis en total, cargaron con la pesada y triple caja conteniendo el cadáver del rey del sindicato. Otros empleados contratados para aquella especialísima ocasión se apresuraron a sacar coronas a la calle y a colgarlas de las furgonetas apostadas tras el coche fúnebre, furgonetas que Campbell había tenido que pedir prestadas a sus colegas de profesión, pues él, pese a ser el más importante de la ciudad, no poseía suficientes vehículos para trasladar aquel agobiante número de grandes coronas al cementerio. Sabía muy bien que con el sindicato del crimen no se podía jugar. No quería líos con ellos. El mundo del hampa se había gastado el dinero para que el entierro fuera sonado y no sería él precisamente quien les estropeará la ilusión. Luego podían quemarle la funeraria como réplica.

Cuando el féretro salió a la calle, frente al establecimiento, sólo había los reporteros de todas las agencias de la nación y algunos curiosos que, al enterarse de quién era el muerto, se apresuraban a alejarse como de la mismísima peste. Podía haber tiroteo en la calle y preferían no estar presentes.

El cielo de Nueva York se hallaba encapotado. El pavimento estaba mojado, resbaladizo, y unas finas gotas perlaban los pétalos de las flores como si éstas se hallaran bajo el rocío de madrugada.

—Es fantástico. Para un hombre tan corrompido como Lavinatra hay más flores que para nadie que yo conozca.

A la observación del fiscal federal, molesto por el ambiente y por no haber tenido suerte, Sherman repuso:

—Veintitrés furgonetas rebosantes de coronas. Jamás la avenida Madison ha estado tan adornada.

Cuando los automóviles fueron cargados, los dos policías que habían custodiado la puerta del establecimiento se alejaron discretamente mientras los fotógrafos seguían quemando película.

Las autoridades municipales no habían querido poner escoltar policial al entierro para que éste, a la vista de muchos, no pareciera más importante, más egregio, cuando los agentes sólo habrían sido colocados para evitar incidentes en la calle e incluso embotellamientos de tráfico, que ya se preveían. No había escolta ni

plañideras en el entierro de Serafino Lavinatra.

—Sherman, hablaremos más detenidamente sobre lo que me ha propuesto antes.

—Yo puedo actuar como catalizador, se lo aseguro, Carrigan.

—Primero consultaré a la superioridad, no quisiera tener que ir a su entierro; los funerales me fastidian.

—Supongo que a quien más le fastidia es al primer actuante de los mismos.

Buck Sherman se despidió del fiscal filtrándose entre la gente de la calle. Una cuadra más arriba, en la propia avenida Madison, montó en su coche y se dispuso a seguir al cortejo fúnebre hasta el propio cementerio.

El embotellamiento en la avenida Madison no pudo evitarse pese a los estridentes silbatos de la policía que en vano trataba de coordinar la circulación en el centro de Manhattan.

Sherman maniobró con su «Ford-Mustang» para colocarse en un carril lateral. Rebasó uno a uno los veintitrés coches cargados de flores hasta casi situarse a la altura del vehículo que transportaba el cadáver.

La gente sí se detenía ahora en las aceras al ver el extraño cortejo fúnebre donde había flores y no personas. De pronto, una chica rubia, hermosa y joven, de cortísima falda cubierta por una minigabardina blanca, con el rostro excitado y el dorado cabello flotando al aire, recogiendo las finas gotas de lluvia que caían, cruzó por entre los coches arriesgándose a ser arrollada.

Con una botella de cuarto de galón, con su tapón y una mecha encendida en la misma, se aproximó al carro fúnebre.

—¡Quieta! —gritó Buck Sherman, viéndola cruzar por delante de su motor. Mas, ya era tarde.

El *coctail* Molotov cruzó el estrellándose contra el féretro de Lavinatra.

La explosión se produjo de inmediato y la gasolina que contenía la botella se esparció incendiándose el coche fúnebre. Sus servidores saltaron corriendo al asfalto mientras el auto quedaba envuelto por las llamas.

La avenida se llenó de gritos, de gente corriendo de un lado a otro temerosa de cosas peores.

La policía hizo sonar sus silbatos y no tardarían en ulular las

sirenas de los coches de bomberos que habrían de sofocar el singular incendio.

La chica trató de huir, pero Buck, que había abierto la portezuela de su auto, la agarró por el brazo tirando de ella.

—¡Suélteme, suélteme! —chilló fuera de sí.

El puño de Buck Sherman, en aquel instante decisivo, se estrelló contra el mentón de la muchacha, que apenas contaría veinte años.

La noqueó en el sentido estricto de la palabra y con ella en brazos se introdujo de nuevo en su «Ford». Reanudó la marcha escapando por una bocacalle para que la policía no le alcanzara, ya que se llevarían a la muchacha a la cárcel si es que los secuaces del fallecido Lavinatra no la asesinaban en mitad del asfalto por lo que había hecho.

Mientras, las llamas seguían devorando los restos de Lavinatra. La lluvia no era suficiente para sofocarlo y las sirenas de los coches patrulla y de los bomberos ululaban rabiosas aproximándose al lugar del siniestro, con cierta lentitud a causa del embotellamiento provocado por los veintitrés coches cargados de flores.

La chica recuperó el sentido dentro del auto lanzado a toda velocidad, huyendo paradójicamente, ya que quien lo conducía era un agente federal.

La intención evidente de la joven fue abrir la portezuela para saltar fuera del coche, con más deseo quizá de que la atropellara otro automóvil que de huir.

—¡Quieta! —ordenó Buck sujetándole una muñeca.

—¡Suélteme, déjeme! ¿Quién es usted?

—Eso no importa ahora, lo que quiero saber es por qué ha hecho la barbaridad de tirar el *coctail* Molotov contra el coche fúnebre.

—Porque el cadáver de Lavinatra iba dentro.

—Imagino que lo odiaría con toda el alma, pero él ya estaba muerto, no podía hacerle nada.

—Era intocable, un hombre muy protegido, y él, él... —Estalló en un sollozo, derrumbándose toda su fuerza física y moral.

—¿El, qué? Todo el mundo sabe que era el rey del sindicato del crimen.

—Enlodó a mi padre, lo involucró en sus delitos y ha hecho de él un enemigo de la sociedad. Yo tenía que vengarme. Me juré matarlo, y ya que no pude hacerlo...

—Sólo se le ocurrió obsequiarle con un *cocktail* Molotov en lugar de flores.

—Sí, sí. —Se arrebuja en el asiento suspirando.

—Me temo que ahora tendrá problemas, no sólo con la policía sino con el propio sindicato del crimen. Por cierto, ¿quién es su padre?

—Lee J. Grangers.

Sherman parpadeó.

—¿Lee J. Grangers, el altísimo ejecutivo de la Alcaldía de Nueva York?

—Sí, él es mi padre.

—¿Tenía él conocimiento de la barbaridad que usted ha hecho?

—No, él no me perdonaría jamás. Está obcecado por sus problemas y ha olvidado incluso que tiene una hija.

—Me parece, encanto, que va a tener muchos problemas y mejor será que yo me ocupe de solucionárselos.

—¿Y usted quién es?

—¿Yo? —se sonrió—. ¿Qué más da? Sólo soy Buck Sherman, un nombre cualquiera.

CAPÍTULO II

Marcello Apia resultaba alto y enjuto para ser italiano, siciliano por más señas. Sin embargo, a sus cincuenta y cinco años, era fuerte y de salud perfecta, ya que sabía cuidarse bien.

Marcello Apia (y las autoridades italianas lo sabían) era uno de los primeros cerebros del crimen organizado mundial. Había pasado en los Estados Unidos más de veinte años hasta que el F.B.I, había conseguido su expulsión y repatriación a su país de origen gracias a unas infracciones de tráfico que él había alegado eran supuestas, pero que a las autoridades norteamericanas le habían servido para librarse de un ente tan peligroso como astuto y al que no se podía encausar ni llevar a la corte por pleito alguno, ya que al igual que todos los ejecutivos del sindicato del crimen, sabía protegerse muy bien.

En apariencia, Apia vivía opíparamente de las ganancias acumuladas en sus años de auge en el mundo del crimen. Vivía retirado en su palacio Duce en las afueras de Roma, pero eran muchos los que sabían que Marcello Apia no estaba allí con los brazos cruzados, sino que controlaba muchas operaciones en distintos puntos del globo, operando siempre bajo la aquiescencia del consejo de cerebros que gobernaba el mundo entero desde la isla de Sicilia, el cáncer del mundo, el tumor maligno que vivía y se sucedía a sí mismo en los lugares más recónditos de Sicilia donde las autoridades italianas, pese a su policía y ejército, no podían imponer su ley, quizá porque en las altas esferas de la política italiana habían algunos personajes a los cuales no interesaba que dicho tumor fuera extirpado. Conocido era el poder de tales cerebros que todo lo controlaban, quitaban puestos de la policía o el ejército y ponían a quienes les interesaba.

Marcello Apia era un hombre frío que no dejaba traslucir sus sentimientos. En aquella mañana de octubre, en la que un modesto

sol lucía sobre la capital de la península itálica, observaba atentamente el periódico con su gran foto recibida vía satélite y los grandes titulares.

En la fotografía podía verse el coche fúnebre que transportaba los restos de Serafino Lavinatra envuelto en llamas en plena avenida Madison, rodeado por un atasco de circulación y el pavimento mojado por la fina lluvia que había sido incapaz de sofocar el fuego.

Sonó el timbre de uno de los tres teléfonos que tenía sobre la mesa. Era el teléfono privado que nadie podía controlar ni conocer la forma de llamar a él a menos que Apia le diera el número previamente.

Apartó los ojos del periódico y desahorquilló el teléfono, clavando su mirada en la mujer recostada en el sofá. Era rubia, muy joven y hermosa, apenas cubierta con unas pulgadas de gasa.

Marcello Apia ignoraba el nombre de aquella chica, como también ignoraba el de la que ocuparía su lugar al día siguiente o la del día anterior. El cambiaba a diario de chica y a todas las llamaba Marietta, quizá porque la primera mujer que amó se llamaba así.

—¿Diga?

—¿Apia?

—Sí, yo mismo.

—Aquí Sicilia.

—Escucho.

Marcello Apia se había apresurado a decir aquellas palabras que en realidad eran un sometimiento al cerebro de la sociedad mundial del crimen.

Los dedos pulgar y corazón de su diestra chasquearon en el aire y la chica se levantó perezosa. Onduló su cuerpo provocativa y sobre unos tacones altos se alejó hacia la puerta dejando solo al propietario del palacio Duce.

—Apia, partirá hoy mismo para Nueva York.

—¿Asunto Lavinatra?

—Sí.

—No creo que sea conveniente nombrarme su sucesor. Fui expulsado de los Estados Unidos y si me cazan volverán a traerme a Italia.

—Lo sabemos y usted no será el sucesor. Reorganizará el sindicato y tendrá plenos poderes y nuestro apoyo para nombrar al

sucesor de Lavinatra entre los que allí están.

—¿Están enterados de ello?

—Sí.

—Hasta que nombre un sucesor para Lavinatra será el rey en el sindicato de Norteamérica. Luego, cuando lo haya reorganizado, regresará a su palacio.

Marcello Apia sabía muy bien que no debía pedir nada a cambio. Si fallaba, podían eliminarlo del mundo de los vivos. Aquél era el procedimiento usual y si él había escalado tan alto puesto de confianza y sobrevivía era porque no había fallado jamás. Por contra, si todo iba bien, terminaría siendo uno de los cerebros en Sicilia, la máxima jerarquía del crimen en el mundo.

—Bien. Partiré ahora mismo vía Copenhague con pasaporte alemán.

—Perfecto, Apia. Buena suerte y medidas drásticas. Son las únicas que entienden al otro lado del Atlántico.

Tras aquellas palabras, la comunicación se cortó.

Se puso en pie.

Vestía una vistosa bata totalmente confeccionada en seda y acolchada con plumón de cisne. Descansó su pulgar sobre un timbre y no tardó en acudir Francesco, su ayuda de cámara, que a la vez era su guardaespaldas personal.

Era un sujeto de excelente vista y puntería, un hombre especializado en karate y capaz de abrir una puerta con el canto de su mano astillando la madera. Pesaba noventa kilos, medía metro ochenta y en su cuerpo no había un solo átomo de grasa.

—Prepáralo todo para dentro de media hora. Poco equipaje, Francesco, el que tú puedas llevar con las manos.

—¿De viaje, *signore*?

—Sí. Los dos nos vamos de viaje. Voy a encargarme que nos preparen los pasaportes y los boletos de avión. Hay que partir inmediatamente para Nueva York.

—Muy bien, *signore*. ¿Y la Marietta de tumo?

—Págale y que se largue antes de cinco minutos. No quiero estorbos ahora, aunque esos estorbos sean tan bellos.

—Comprendido, *signore*.

Exactamente cuarenta y cinco minutos más tarde, el «Rolls-Royce» de Marcello Apia abandonaba el palacio Duce en dirección

al centro de la capital romana.

El auto rodó por la ciudad como si deseara ser visto. Después, se introdujo en el garaje particular del hotel Olimpia.

El «Rolls-Royce» aparcó junto a un «Mercedes-Benz». Abandonaron el «Rolls» y pasaron al interior del coche alemán en cuya guantera hallaron las llaves y la documentación precisas.

Francesco se puso al volante del «Mercedes» con cristales polarizados y lo condujo hacia el aeropuerto de Fiumicino, donde tomaron un tetrarreactor hacia el norte de Europa con su documentación falsa.

Marcello Apia y su acompañante hicieron el trasbordo en Copenhague y desde allí volaron cruzando el Atlántico en dirección al aeropuerto Kennedy en donde aterrizaron ya de noche.

No era fácil que detuvieran a Marcello Apia por su pasaporte, pues el falsificador que se los confeccionaba era el número uno en Italia y solía poner nombres verdaderos.

A su llegada a Nueva York les aguardaba un lujoso «Cadillac» que los condujo al muelle 13, casi en la desembocadura del Hudson River.

El muelle aparecía solitario. Unas farolas iluminaban el empedrado húmedo y algunos automóviles se hallaban aparcados amparados en la oscuridad. Un yate lujoso, de gran calado, se hallaba allí anclado y amarrado.

El hombre que les llevara en el «Cadillac» sólo había preguntado la identidad de los recién llegados. Al salir del automóvil indicó:

—Suban al yate. Dentro está todo preparado para que queden perfectamente acomodados.

El norteamericano del «Cadillac» sacó un emisor de bolsillo y mientras Apia y su guardaespaldas Francesco se encaminaban a la pasarela que unía el yate con el muelle, comunicó:

—Ha llegado Karl Werger.

En la nave sabían muy bien que Karl Werger no era otro que Marcello Apia y que con aquel hombre había que andarse con cuidado. En la veintena de años que operó en los Estados Unidos había hecho correr mucha sangre e incluso sus secuaces suspiraron al ser deportado a Italia.

Cuatro hombres bien vestidos aparecieron en cubierta. Todos ellos eran altos, recios, pero Marcello Apia sabía que ellos no

mandaban en el sindicato, sino que eran simplemente sus guardaespaldas.

—Francesco, acomoda el equipaje. Luego nos reuniremos.

—Como usted ordene, *signore*.

Uno de los guardaespaldas guió a Marcello Apia hasta el *living-room* del yate, lujosamente decorado.

Frente a él vio a ocho hombres, todos ellos maduros menos uno más joven.

—*Buona sera*.

Escuchó un murmullo de devolución de saludo. Era lógico, todos querían estar a bien con él, pero a la vez le observaban recelosos, suspicaces, temiendo que con la muerte de Serafino Lavinatra cayeran ellos también.

—¿Están todos aquí?

—Sí —respondió el más joven por los demás.

El más veterano de los reunidos, Martin Borruti, habló directamente al recién llegado al que conocía bien por haber trabajado juntos.

—Apia, creo que mejor será que vayas al grano. ¿Cuál es la situación?

Marcello Apia suspiró levemente y sonrió. En el fondo era un sádico y gozaba viendo sufrir al prójimo. En aquellos momentos sabía que los reyezuelos del sindicato del crimen estaban sufriendo; esperaban órdenes e ignoraban cuáles iban a ser éstas.

—Bien, aquí os conozco a todos menos a esos dos. Tú, ¿quién eres?

El índice se detuvo frente al rostro del más joven.

—Mi nombre es Willy

O'Connor.

Borruti especificó:

—Es el verdugo del sindicato.

—¿El nieto honorífico de Anastasia? —bromeó Apia.

—Bueno, hoy en día, con los artilugios modernos de que disponemos, Anastasia quedaría atrasado.

—Es posible —admitió Apia— pero Anastasia era muy efectivo.

—Sí, pero lo liquidaron en una barbería; a mí no me sucederá lo mismo.

Apia pasó su mirada de aquel joven casi imberbe pero de mirada

fría y manos muy cuidadas a un hombre de escaso cabello y semblante preocupado. En su rostro lucía un poblado bigote de guías cenicientas.

—Y tú, ¿quién eres?

—Lee J. Grangers —respondió seco.

Borruti volvió a puntualizar. Era el más veterano del grupo y el que mejor conocía a Marcello Apia.

—Es un alto ejecutivo del municipio de Nueva York. Gracias a él, hemos podido ampliar nuestro sindicato.

—¿En qué sentido?

—Solares edificables. Conocemos precios, subastas, adjudicaciones, etcétera, que nos permiten comprar y vender esos solares aumentándolos hasta en un quinientos por ciento de su valor real y eso en el plazo de un año como máximo. Es un negocio muy productivo, máxime cuando está bien llevado. Grangers se preocupa de que sea el sindicato, por alguno de sus representantes, el adjudicado.

—Parece un excelente negocio. El solar edificable suele ser muy rentable en todas partes del mundo. ¿De quién fue la idea?

El propio Grangers especificó:

—De Lavinatra.

—Bien, parece que conocía su cometido. En cuanto a los demás, los que controláis el espectáculo, los narcóticos, la prostitución, el racket, el soborno, la extorsión y por último el control de la policía...

Emil V. Flanders carraspeó.

El tenía un alto cargo en la policía estatal. Se había vendido al sindicato del crimen y gracias a su elevada posición podía manejar a la policía en situaciones críticas. Su valor y eficacia eran óptimos.

—Sí, Apia, aquí estamos todos. ¿Cuál es la consigna, que traes?

—No vengo a suceder a Lavinatra.

Todos se miraron entre sí, perplejos.

Borruti, controlador del mundo de los narcóticos, exteriorizó su sorpresa.

—¿Ah, no? ¿Qué va a ocurrir entonces?

—Mi consigna, mis órdenes, son reorganizar el sindicato, nombrar a un sucesor de Lavinatra, y cuando todo marche bien, regresar a mi palacio de Roma.

Todos tenían grandes deseos de hablar, de explicar sus preocupaciones, pero quedaron callados a excepción del joven Willy O'Connor,

el hombre que, junto con sus cuatro secuaces que estaban en el yate, eliminaba a quien se le ordenara, fuera un rebelde al sindicato, un estorbo, un policía o un propio miembro del sindicato caído en desgracia.

—¿Y va a nombrar a uno de nosotros como sucesor de Lavinatra?

—Es posible, pero también es posible que nombre a otro que no esté ahora entre vosotros. Depende.

—¿Depende de qué? —preguntó Borruti, quizás el que más al alcance de su mano veía la jefatura del sindicato.

—No te impacientes, Borruti. Depende de lo que yo crea oportuno. Tengo excepcionales poderes en esta situación, y quien cometa una estupidez, por pequeña que sea, lo pagará caro. Willy tendrá mucho gusto en encargarse de él. Veré la situación cómo está y luego decidiré. Antes quiero datos, informes de todo lo que se realiza. Será como un inventario de lo hecho hasta ahora.

—Por mí no hay inconveniente, pero en adelante deberemos tener más cuidado. Esta reunión ha sido de emergencia, pero si celebramos otras, con datos y listas, será peligroso, ya que la policía puede hacernos una redada. Nos enteramos de que precisamente en el entierro de Lavinatra estaba todo preparado para ficharnos oficiosamente.

—Yo di la voz de alarma —indicó Flanders—. No pude hacer más. El F.B.I, estaba metido de lleno, esperando poder completar sus archivos con lo que sacaran en el entierro, pero se marcharon de vacío.

—Sin embargo, en el entierro hubo un grave tropiezo.

—¿Se refiere al *coctail* Molotov con que obsequiaron al cadáver? —preguntó Willy O'Connor,

el verdugo de refinado sadismo.

—Sí. ¿Quién fue?

Flanders se apresuró a decir:

—Ni la policía lo sabe. Se dice que fue una chica rubia, una fanática de cualquier credo religioso que se la tuviera jurada a

Lavinatra.

—Lo que hizo esa chica es muy molesto para el sindicato, el ejemplo puede cundir y sería perjudicial para nuestro poder. A esa chica hay que castigarla de modo ejemplar y vistoso, de modo que todo el mundo se entere que ha sido el sindicato quien la ha ejecutado por su digamos estupidez sensacionalista.

—¿Debe morir? —preguntó Willy.

—Sí, ya lo he dicho bien claro. Tú, Flanders, te encargarás de proporcionar los datos que hagan falta a Willy para identificar y hallar a esa chica ejecutándola después. No quiero que parezca un accidente. Ha de ser algo tan espectacular como lo que ella ha hecho.

Grangers habló algo molesto.

—¿Es necesario matar a una chica por haber cometido esa tontería del *coctail* Molotov, lo cual parece más propio de estudiantes o huelguistas que un sabotaje contra nuestro sindicato?

—Sí, es necesario —reiteró Apia brillándole los ojos de modo especial—. La chica debe morir y quiero algo espectacular que llenará los periódicos. Que sepan todos que ha sido ejecutada por nuestro sindicato, así no nos perderán el miedo. En una situación como ésta hay que ser drástico y dar a entender que no estamos desorganizados sino todo lo contrario.

—Descuide, Apia. Yo me encargaré de ella si Flanders me proporciona los datos necesarios, ya que como dice, ni la misma policía sabe quién es.

Flanders añadió:

—Sólo se sabe que tras arrojar el *coctail* Molotov se metió en un coche y desapareció con un hombre.

—¿Un cómplice?

Flanders se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. A la policía también le gustaría saber por qué hizo eso la chica. Por supuesto, es un delito que puede llevarla a la Corte.

—La Corte no puede tener ese placer. Nosotros nos adelantaremos, ¿verdad, Willy?

—Sí, claro que sí. ¿En cuanto al cómplice...?

—Si lo hay, que sea ejecutado como ella, aunque él no importa que muera oscuramente en cualquier muelle o garaje solitario.

Ahora, pasemos a otros asuntos, présteme atención.

Marcello Apia siguió hablando, dando pruebas de que era él quien mandaba allí y que él y no otro sería quien erigiera nuevo rey en el sindicato del crimen norteamericano, controlado desde las mismas montañas de Sicilia adonde llegaban los dólares-oro que en los Estados Unidos se recaudaban con el sindicato. Eran los intereses que cobraban los cerebros de la organización mundial y si alguien podía eludir al fisco gubernamental, nadie se atrevía a estafar un solo centavo de los intereses que debían percibir los sicilianos. Un solo dólar podía significar la muerte de quien lo robara.

CAPÍTULO III

Cuando Lee J. Grangers arribó a su casa, al norte de Bronx, un lugar selecto y sano, lejos de las gigantescas ratas de los interminables y sucios muelles neoyorkinos, iba preocupado.

Era relativamente nuevo en el sindicato del crimen, apenas tres años desde que Lavinatra le sobornara tontamente y luego chantajeara, quedando encadenado al sindicato del que ya no podía separarse a menos que quisiera morir, ver desaparecer a su familia y destruidos sus bienes.

Grangers no era hombre de carácter excesivamente fuerte, por ello no se había rebelado abiertamente contra las insinuaciones e imposiciones de Lavinatra, siguiéndole el juego hasta quedar enlodado hasta los mismísimos cabellos en el negocio de inflación y explotación ilegal de solares edificables.

Venía de familia rica y no le había costado demasiado escalar puestos en la sociedad norteamericana, pero un día, el dinero había flaqueado. Lavinatra apareció y desde entonces, Grangers no había estado falto de dinero. Mas, su semblante era más hosco y preocupado.

Había discutido infinidad de veces con Myrna, su hija. Se sentía solo y avergonzado de sí mismo, pero también era incapaz de colocar una pistola junto a su sien y jalar el gatillo.

Estaba seguro de hallarse solo en la casa. ¿Quién sabe dónde estaría Myrna a aquellas horas? Su hija le preocupaba mucho, pero se vía incapaz de controlarla, La muchacha no había salido a él en el carácter sino a su madre, una mujer fuerte y hermosa, muerta prematuramente por rápida enfermedad.

Encendió la luz de su despacho y quedó sorprendido al descubrir a un extraño cómodamente sentado en una de sus butacas. Fumaba un cigarrillo.

Grangers se tambaleó ligeramente. Sólo le faltaba aquel intruso

para inquietarse más después de la reciente llegada de Marcello Apia, con sus amenazas y sugerencias de que cualquiera del grupo podía ser el sucesor de Lavinatra.

—¿Qué hace usted en mi casa, quién es?

—Son dos preguntas, señor Grangers. Acomódese y charlaremos poco a poco.

—¿Hablar usted y yo, de qué? —inquirió entre perplejo y molesto.

—De muchas cosas, Grangers.

—Lo que haré es llamar a la policía para que se lo lleven de aquí. No sé si me ha robado o si piensa robarme después, pero en todo caso ha cometido usted un allanamiento de morada y eso es un delito que se paga.

Grangers se había acercado al teléfono, desahorquillando el auricular.

El intruso, un sujeto alto y joven, sonrió.

—Llame, llame a la policía. Usted saldrá perdiendo, señor Grangers.

—¿Es una amenaza? —preguntó mientras discaba los guarismos.

—Vamos, señor Grangers, no querrá usted que la policía sepa de sus operaciones extraoficiales sobre los solares edificables que se venden en la ciudad a precio de rocas limares, ¿verdad?

Grangers ensombreció su rostro. Sin soltar el auricular, con la diestra desconectó el teléfono oprimiendo la palanca. Miró fijamente a su visitante y preguntó:

—¿Está tirando fuegos de artificio o es una amenaza?

—Tómelo como guste, pero mejor será que cuelgue y hablemos pacíficamente.

—¿Sobre qué?

Grangers no parecía muy dispuesto a soltar el aparato telefónico.

—De sus actividades con el sindicato.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Lo suficiente para tenerle en mi mano.

—No tiene pruebas.

—Es posible, pero sólo que hablara a la Prensa, los muchachos hincharían los periódicos con mis declaraciones. Sería fatal para su reputación, ¿no cree? Hasta es posible que el sindicato lo eligiera como víctima y le ejecutaran sus sicarios.

—¿Qué sabe usted de mí?

—Lo que Myrna me ha contado.

Esta vez sí soltó el teléfono. Sus mejillas se encendieron de cólera y avanzó hacia el hombre que tenía enfrente, asiéndolo por las solapas.

—¿Qué pasa con mi hija, qué le ha dicho?

El intruso, más joven y fuerte que él, le sujetó las muñecas, se las retorció sin esfuerzo y lo empujó sentándolo en el sofá humillantemente.

El desconocido se puso en pie arreglándose la chaqueta.

Aplastó la colilla del cigarrillo que fumaba y sacando otro de su bolsillo lo encendió y comenzó a fumar lentamente, como si meditara mientras lo hacía.

—Myrna está en mi poder.

—¿La ha raptado? Le advierto que el rapto se paga con la muerte. La silla eléctrica le espera.

—Yo no soy de los que se sientan en la parrilla, señor Grangers.

—¿Piensa pedir un rescate? ¿Dónde tiene a Myrna, qué le ha hecho?

—Usted no pregunta, bombardea.

Grangers suspiró y recordó que tenía una pistola en el cajón de su mesa, más el intruso, como si adivinara su pensamiento, le cortó el camino sentándose en un canto del escritorio.

—Señor Grangers, Myrna tiene problemas.

—Si está en su poder, es de imaginar. ¿Cuánto quiere?

—Verá, yo quiero que ambos seamos amigos. Me llamo Sherman.

Grangers replicó duro:

—Yo no soy su amigo.

—Honra que me hace, señor Grangers.

—¿Se está burlando de mí?

—En absoluto. Empezaré por contarle que yo no busqué a su hija, fue el destino quien la puso en mi camino.

—No pretenda hacerse el gracioso. La situación no se presta.

—Circulaba yo con mi coche por la avenida Madison cuando una chica cruzó por delante de mí y arrojó un *coctail* Molotov contra el carruaje fúnebre de Serafino Lavinatra, incendiándolo. Yo sólo hice que capturar a esa muchacha antes de que lo hiciera la

policía, llevándomela en mi coche.

Al escuchar aquellas palabras, Lee J. Grangers palideció intensamente.

—No, no puede ser cierto...

—¿El qué no puede ser cierto, señor Grangers, el que Myrna haya arrojado un *cocktail* Molotov contra el carruaje fúnebre?

—¡Dígame que no es cierto, le pagaré lo que quiera! ¡Myrna es lo único sano y limpio que tengo en este mundo, y si no fuera por ella...!

—¿Se pegaría un tiro?

—Se siente muy seguro de sí mismo, ¿verdad? Es usted un tipo frío y calculador.

—Si desea usted ayudar a su hija, tendrá que ponerse en mis manos.

—¿De qué forma?

—Verá, no soy ningún estúpido. Es muy peligroso ponerse en contra del sindicato.

—Sí, se juega uno la vida. Sólo hay una posibilidad contra un millón de escapar.

—Sí, lo supongo, pero resulta que soy algo testarudo.

—¿Quiere decir que va a hacer que lo maten?

—Sí.

—Antes, suelte a mi hija.

—La soltaré cuando sea oportuno. Usted sabe que si la policía la captura la llevará a la Corte por escándalo público y otras cosas. Usted quiere a Myrna y no deseará que la encierren.

—No, claro que no.

—Y mucho peor será que la encuentren los del sindicato. Imagino que la impulsiva acción habrá sido su sentencia de muerte. ¿Me equivoco, señor Grangers?

Grangers se cubrió el rostro con ambas manos y movió la cabeza en sentido negativo, dando a entender que Sherman no se equivocaba.

—Supongo que el verdugo del sindicato ya estará buscándola para ejecutarla.

—Sí. Dios, Dios, ¿por qué habrá hecho eso Myrna?

—Por usted.

—¿Por mí? —preguntó incrédulo.

—Sí, por usted. Por vengarse de Lavinatra, que le involucró a usted en el sucio mundo del delito. Myrna es una joven íntegra y no puede soportar que el elegante y popular Lee J. Grangers sea un delincuente más. Pese al elevado cargo que ocupa en el municipio y los amigos que tiene en la alta sociedad.

—Myrna, Dios mío, esto es horrible. Van a matarla.

—No, si yo la protejo.

—¿Hasta cuándo la protegerá?

—Hasta que sea necesario, señor Grangers, claro que usted tendrá que pagar.

—¿Cuánto quiere?

—No hablemos todavía de dinero, dejemos eso para más adelante.

—¿Qué es lo que quiere entonces?

—Información.

—¿De qué clase?

—Quiero saber quiénes son los cerebros del sindicato aquí en Nueva York.

—¿Para qué?

—Es asunto mío.

—¿Piensa chantajearlos como a mí?

—Es posible. Si los chantajeo a ellos, le dejaré libre a usted. Ahora, déjeme hablar primero.

—Está bien, pero, si le doy información, me matarán y también a Myrna.

—La chica, si yo no la protejo, muere de todas formas. Si es lo único que estima en este mundo, va a tener que hablar.

—¿Y cómo sé que después de hablar y colocarme la soga al cuello no va a traicionarme?

—Tendrá que fiarse de mi palabra.

—Es muy arriesgado confiar en la palabra de un desconocido que dice llamarse Sherman. Antes, quiero asegurarme de que todo lo que ha dicho sobre Myrna es cierto.

—Eso es fácil.

Sherman tomó el teléfono y discó unos guarismos tratando de que Grangers no viera cuáles eran. Luego, preguntó:

—¿Myrna?

Al otro lado pudo escucharse con claridad la voz de la

muchacha.

—Sí, Buck, soy yo.

—Escucha, tu padre va a hablarte. Sé breve, por favor.

Grangers se abalanzó sobre el auricular.

—¡Myrna, hija!

—¡Papá! —Era la voz de su hija, no cabía duda, la reconoció al instante.

—Hija, ¿has sido tú la del *coctail* Molotov?

—Sí, papá, fui yo.

Sherman oprimió el resorte del teléfono, cortando la comunicación.

—¿Por qué, por qué ha cortado?

—Usted quería comprobar lo que le he dicho y con lo que ha hablado es suficiente, Grangers.

El hombre se desmoronó, dejándose caer sobre la butaca. Se encajó en ella desapareciendo casi en el oscuro cuero del tapizado.

—Está bien, Sherman, usted gana.

—Bien, Grangers. Usted sabe que esto no podía durar siempre, el crimen tiene su precio.

—¿Y es usted quién lo dice?

—A mí me quedan muchos años por vivir, señor Grangers, pero hablemos de lo que interesa. Quiero saber los nombres de los cerebros, dónde se reúnen y quién va a suceder a Lavinatra.

—Todavía no se sabe quién será el rey del sindicato.

—Pero, alguien lo estará dilucidando, ¿no?

—Sí.

—¿Su nombre?

—Marcello Apia.

—¿Marcello Apia? ¿Ese tipo no estaba en Italia?

—Sí, pero ha llegado hoy mismo con la misión de reorganizar el sindicato tras la muerte de Lavinatra y nombrar su sucesor.

—¿Hay algún favorito?

—No, creo que ninguno. Todos se miran recelosos entre sí y Apia parece disfrutar sádicamente de esta situación.

—¿Y dónde se oculta Apia?

—A bordo del yate *Siroco* en el muelle 13. No le será fácil subir a bordo, tiene pasarela electrificada y los cables que utilizan como amarras también, aunque tiene sus aislantes correspondientes y que

no se notan para que a los del yate no les suceda nada. Además, varios hombres protegen a Apia y son hombres dispuestos a todo, especialistas en el crimen.

—Sí, ya lo imagino, pero eso es cuenta mía. Ahora, comience a soltar la lista de cerebros si quiere que Myrna sobreviva a esta situación tan delicada en la que se encuentra. Sus amigos del sindicato serán los primeros en querer asesinarla si la encuentran y ya le he dicho que no soy hombre que vaya a la silla eléctrica. Con dejarla ir tendría suficiente para hacerle pagar caro a usted no haber cedido a mis peticiones.

—Y si lo matan a usted, ¿qué ocurrirá con mi hija?

—Ella quedará libre cuando yo te diga, pero no crea que matándome usted iba a quedar tranquilo. No estoy solo, Grangers, sé lo que me hago. Colabore y no haga demasiadas preguntas o será peor para usted. Voy a extorsionar a estos cerebros amigos suyos, a esos tipos que si dan con su hija la asesinarán. Si eso sucede, podrá usted estar orgulloso, habrá contribuido a su muerte con su afiliación al sindicato del crimen.

—Estoy en sus manos.

Lee J. Grangers, un alto ejecutivo de la Alcaldía de Nueva York, inclinó la cabeza, vencido.

Diría todo le que Sherman pidiera. Myrna era lo único que le interesaba en este mundo.

CAPÍTULO IV

Mientras nadaba entre las oscuras aguas del Hudson River, unas aguas frescas, casi heladas en aquel lluvioso octubre, Sherman pensaba en lo que iba a hacer, en las posibilidades que tenía y en lo poco ortodoxo que resultaba su plan.

Sabía que podía haber dado aviso al departamento de inmigración. Sus colegas habrían rodeado el yate y capturado a Marcello Apia quien se habría entregado sin resistencia para que no se le pudiera imputar ningún cargo.

Tras unos días de prisión, lo repatriarían de nuevo a Italia, lo que no solucionaba el problema, ya que desde allí enviarían a otro en su lugar para solventar las dificultades de Nueva York.

Sherman había recibido, aunque a regañadientes, carta blanca para hacer la guerra al sindicato, pero había sido advertido de que si infringía la ley en algún momento y era capturado, sería juzgado oportunamente pese a ser federal.

Era ambicioso en cuanto a la forma de resolver aquel asunto y se estaba jugando el todo por el todo.

Frente a él estaba ya el yate *Siroco* con sus luces de señalización encendidas. Todo estaba quieto, dormido en él. Sin embargo, sabía que aquel lujoso yate era una fortaleza flotante.

Buck Sherman llevaba todo un equipo completo para la misión que deseaba realizar. Todo en él era negro para confundirse con la noche. Si era descubierto, le dispararían a quemarropa con una pistola provista de silenciador y al día siguiente su cadáver aparecería flotando en el estuario del Hudson, quizá ya en el Atlántico.

El traje de caucho le aliviaba de la fría temperatura del agua y las bombonas de oxígeno, también pintadas de negro, le facilitaban la respiración, pues prefería aproximarse al yate bajo la superficie. Los secuaces del verdugo Willy

O'Connor

podían estar vigilando y si le descubrían sería mortal para él.

Al fin, tocó con sus manos la plancha de acero del casco del yate mientras se hallaba sumergido a cuatro o cinco pies.

Aplicó una plancha imantada que se adhirió con fuerza al casco. La plancha tenía un gancho, Sherman se quitó el atalaje con las ampollas de oxígeno y las colgó en el garfio sin desprender aún la boquilla de respiración de sus labios.

Comprobó que no había perdido el estuche de plástico que llevaba junto a la cintura, tampoco su cuchillo pavonado ni la pistola de aire comprimido en cuyo cañón había un garfio de triple brazo de acero plastificado y acolchado con espuma plástica para que no produjera ruido al caer sobre algo metálico.

Había llegado el momento.

Soltó la boquilla tras cerrar la espita y abandonando en el casco las ampollas y casi todo el equipo, incluidas las aletas de los pies, salió a la superficie.

En cubierta no se veía a nadie. Serían las cuatro de la madrugada y a nadie apetecería estar dando vueltas bajo un cielo encapotado.

Apuntó con la pistola de aire comprimido hacia la baranda de cubierta, Jaló el gatillo y el disparo sonó seco, amortiguado un poco por el agua.

El gancho voló para caer después sobre la cubierta. Sherman fue tirando de la cuerda de nylon y el gancho quedó trabado en la baranda.

En el cinturón llevaba acoplada una polea con doble manivela y al interior de esta polea sujetó la cuerda. Con ambas manos comenzó a hacer rodar la polea, elevando de esta forma su propio peso, ayudado por un muelle recio y bien templado que había en el interior.

La ascensión por el costado de la nave en su lado de babor no fue difícil, pero sí arriesgada, ya que en aquellos instantes quedaba a la vista de quien mirase o diese un simple vistazo.

Se agarró al fin a la baranda y quedó en cubierta, respirando hondo tras el esfuerzo. No había nadie a la vista y, abriendo una de las puertas, se introdujo en el interior de la nave.

Lee J. Grangers le había hecho un pequeño plano y se filtró por

los corredores del lujoso y gran yate sin ser visto.

Quedó al fin frente a la puerta cuatro. Su traje de goma dejaba escapar agua y en cualquier instante su rastro podía ser descubierto.

Al tratar de girar el pomo de la puerta, éste no cedió. Sacando una ganzúa, la introdujo por el ojo de la cerradura.

No le costó mucho abrir y se filtró en el interior de la no menos lujosa alcoba.

Notó una respiración algo fuerte. Marcello Apia dormía a pierna suelta tras la dura jornada. El viaje desde Italia había sido largo, posiblemente había tomado algún somnífero para estar descansado al día siguiente.

Sherman se aseguró de que allí dentro no había nadie más. Sus secuaces estarían en habitaciones contiguas.

Del estuche que llevaba cogido al cinturón, extrajo una esponja impregnada de cloroformo que iba en el interior de una bolsa de polietileno cerrada herméticamente.

Acercándose con todo sigilo a la cabecera de la cama, acopló la almohadilla en la nariz y boca de Marcello Apia.

El italiano despertó al instante, sobresaltado, pasando a la acción.

No era fácil ver el rostro embadurnado de negro de Sherman ni identificar un cuerpo cubierto por el caucho del traje subacuático.

De debajo de la almohada, Marcello Apia sacó una navaja cuya hoja saltó desnuda brillando bajo la luz lunar que se filtraba por el ojo de buey.

Apia no pudo librarse de la esponja ni gritar para pedir auxilio, más trató de apuñalar a su visitante y lo hubiera conseguido de no encogerse Sherman. Sin embargo, la navaja se tiñó en rojo, pues el filo halló en su camino la carne de Buck Sherman.

Apia no pudo intentar de nuevo asestar otra puñalada. El cloroformo anuló sus fuerzas y quedó dormido.

Del interior del estuche que Sherman llevaba, extrajo una jeringa ya cargada y cubierta por un tapón plástico que había de sustituirse por la aguja hipodérmica, operación que realizó en breves instantes. Luego, destapó a Marcello Apia y buscó la vena de su tobillo.

Apia, cloroformizado, no pudo oponerse al inyectable que Sherman le estaba administrando.

—Por lo menos vas a dormir setenta y dos horas con esta droga. Veremos qué hacen tus secuaces mientras.

Tras darle la inyección, volvió a cubrir su cuerpo y no le importó dejar un rastro de su propia sangre en la cama.

Buscó algo contundente alrededor y lo halló en forma de pesado hierro con cantos cortantes. Era grande, de cristal macizo.

—Creo que esto servirá para dejar una pista.

Golpeó la frente de Apia. No era su intención partirla el cráneo, pero sí dejar una señal que hiciera sospechar una fuerte conmoción cerebral y que nadie pensara en la droga inyectada, verdadera causa de su letargo, que daría la impresión de ser un coma por trauma craneano.

Erosionó la piel de la frente y marcó la misma con el cristal. Luego, arrojó éste al suelo, abrió cajones desparramando papeles y al descubrir una lista, se la quedó mirando optando por guardársela.

Dio un último vistazo y abandonó el camarote.

Ya en el corredor, escuchó voces que hablaban quedamente.

Con sigilo, se deslizó hacia el exterior, más descubrió que en aquellos momentos uno de los sicarios del sindicato le tapaba la entrada.

Luchar, con asesinos como aquél no era fácil. Eran expertos en el arte de matar, por ello eran elegidos para el sindicato. Había que sorprenderle.

Consiguió acercarse lo suficiente y descargarle un golpe en la nuca con el canto de su mano.

El sicario encajó el duro golpe de karate y se desvaneció al instante. Para que no produjera ruido al caer, lo recogió con sus brazos, depositándolo después suavemente sobre el piso de madera.

—Eh, Joe, aquí hay un garfio cogido a la baranda.

No cabía duda, ya le habían descubierto. El que hablaba era el que antes debía haber estado cuchicheando con el que había quedado desvanecido.

Sherman salió en tromba, sin darle tiempo a nada. Lo asió por los pies y lo lanzó por la borda. Acto seguido, se lanzó él al agua.

El sicario del sindicato chapoteó sorprendido, tratando de salvarse mientras Sherman, sumergido, tanteó hasta hallar el equipo y mientras el sicario gritaba pidiendo auxilio, Sherman se alejó del yate nadando bajo las aguas.

Myrna se había despertado. El sueño reparador centró su cerebro y ahora, al ponerse en pie, se oprimió las sienes con ambas manos como para librar su cabeza de las pesadillas sufridas, pesadillas que en ella eran realidades.

Recordaba cuánto hablara con su padre por teléfono por indicación de aquel desconocido en cuyo apartamento había dormido.

Se puso el minivestido cubriendo su ropa íntima de color blanco mientras pensaba:

«Mejor será que alivie los nervios de papá hablándole sobre lo ocurrido. El sabrá comprender».

Se hallaba en el *living-room* del apartamento pensando en si debía o no dejar una nota a Sherman, cuando la puerta se abrió apareciendo el alto y varonil Buck Sherman.

—Hola, Myrna. ¿Harta de sueño?

—Buck, iba a marcharme.

—Mejor será que no te vayas, encanto —dijo él avanzando hacia el sofá donde se dejó caer fatigado.

En aquel instante, la joven descubrió la mano sucia de sangre del hombre.

—¿Qué te ha ocurrido, Buck? Pareces herido.

—No es nada, sólo un corte. Busca en el botiquín del cuarto de aseo y, si quieres hacer de enfermera, prepara algo de agua caliente para limpiarme el brazo o, mejor me dicho antes y tú me curas al salir.

—Si te pones bajo la ducha, el corte puede sangrarte nuevamente.

—Es posible, pero así se desinfectará más. Espero no caerme por debilidad sanguínea y pérdida de presión en la sangre.

Myrna olvidó totalmente sus deseos de marcharse y se apresuró a ir al cuarto de baño, sacando el botiquín.

Buck se quitó la ropa y se introdujo en la ducha. Al salir, tras secarse superficialmente, se puso la bata de baño y en zapatillas pasó al *living-room* donde aguardaba la joven con todo dispuesto para hacerle una cura de urgencia.

—Anda, siéntate aquí.

El obedeció al tiempo que decía irónico:

—¿Has hecho un curso de enfermera por correspondencia?

Sin contemplaciones, Myrna le abrió en parte la bata haciéndole sacar el brazo completo de la manga. Al descubrir la herida opinó:

—Es larga, pero no parece muy profunda.

—Sí, no es muy profunda, pero ha llenado la ducha de sangre como si hubieran asesinado a un cochino.

—¿Te burlas de ti mismo?

—No, me divierto. Es bueno que me curen unas manos bonitas y no unas manos técnicas, pero deshumanizadas de un viejo matasanos.

—¿Cómo te has hecho este corte? —preguntó mientras lo desinfectaba.

—Una puñalada, suerte que ha pasado por el costado. Por poco me hacen un ojal en el corazón. Por lo menos, ésa era la intención del que ha tratado de apuñalarme.

—¿Y quién es ese asesino?

—Creo que su nombre no te diría nada, pero es el actual jefe de tu papá.

—¡No! —exclamó asustada.

—Sí, es el momentáneo sucesor de Lavinatra.

—Pandilla de asesinos...

—Calma, calma. —La cogió por los hombros obligándola a sentarse de nuevo—. Aún no has terminado la cura y yo estoy muy cansado. Necesito mimos de una chica tan linda como tú.

—¿Y papá?

—Asustado. Le he contado que fuiste tú la del *coctail* Molotov.

—Se habrá dado a todos los demonios.

—Bueno, está muy preocupado.

—¿Por si me coge la policía?

—No, por si te cogen los del sindicato.

—¿Quieren vengarse por lo del *coctail* Molotov?

—Han decretado tu ejecución, encanto. Tu padre estaba delante cuando el verdugo del sindicato aceptó asesinarte de modo espectacular para que fuera un aviso para los demás. Tu papá no sabía en ese momento que la chica en cuestión eras tú.

—¡Dios mío, qué horror!

—Sí. Decían que el terror estaba cuando Al Capone, pero se equivocan, hoy en día también hay terror y algo más duro que el que murió en el año treinta y tres.

—¿Y qué ha dicho papá al enterarse de que los del sindicato quieren liquidarme?

—El nada puede hacer por ahora, pero va a colaborar conmigo para darles el golpe a los del sindicato, claro que es mejor que tú no le digas a tu papá que no estás aquí por la fuerza. El cree que te he raptado.

—¿Cómo?

—Sí, lo he asustado. Ahora, tu rapto pasa a ser protección, ya que te van a buscar para asesinarte y esos del sindicato tienen muchos resortes y chivatos para encontrar a la persona que buscan. Yo te protegeré.

—¿Hasta cuándo?

—Bueno, sólo serán unos días si todo sale bien.

—Pero tú, ¿qué pretendes con todo esto?

—Meterme en líos.

—¿Por qué?

—No sé, quizá por tu cara bonita. Me gustas, ¿sabes? Si no fuera porque te lo tomarías a abuso, te besaría.

Ella se inclinó sobre él tras cerrar el vendaje alrededor del musculoso bíceps del hombre y lo besó en la boca.

—Ya está, no es ninguna obligación para mí.

CAPÍTULO V

En el yate *Siroco*, todos los rostros aparecían sombríos, hoscós. La plana mayor del sindicato del crimen se había reunido en el saloncito, atraídos por una llamada de urgencia efectuada por el joven Willy O'Connor.

El veterano Borruti fue el último en entrar en el salón. Fumaba nerviosamente un grueso cigarro, se hallaba tan preocupado como los demás.

—Willy...

—¿Qué sucede, Borruti?

—¿Has averiguado quién ha sido?

—No. Mis hombres fueron atacados por la espalda. Uno fue noqueado por un golpe de karate y el otro lanzado al agua. Este último pudo ver al atacante.

—¿Cómo era? Si le vio, algo podrá decir.

Willy

O'Connor,

siempre frío y lento para dar más sensación de seguridad, sacó un microemisor del bolsillo y tras pulsar el botón llamó:

—Jacky, sube al saloncito.

Aguardaron en silencio. Se abrió la puerta, pero no fue Jacky quien entró, sino Francesco, acompañado del médico, un eminente especialista en traumatología que para prosperar y tener su clínica en paz había tenido que doblegarse ante las exigencias del sindicato.

—Doc, ¿cómo está el paciente?

Había sido Borruti el que había hecho la pregunta, una pregunta que bailaba en la mente de todos.

Lee J. Grangers semejaba esconderse dentro del sillón en el que se encajaba. Estaba muy preocupado. Si le descubrían, era hombre

muerto y si averiguaban que su hija había sido la que lanzara el *coctail* Molotov, a la joven le quedaban pocas horas de vida, ataque la protegiera el mismísimo ejército.

El médico quitóse las gafas, también él se sentía inquieto. Sabía que los hombres reunidos ante él no eran simples ejecutivos, presidentes de juntas de administración de empresas más o menos fuertes, sino los cerebros que dirigían el sindicato del crimen en Nueva York. Aquellos individuos eran peligrosos, muy peligrosos si se les contradecía o uno se equivocaba.

Para sus adentros, sin que se trasluciera en su mirada, el doc se decía que todos aquellos sujetos deberían ir a la silla eléctrica, uno tras otro. Así, la urbe más grande del mundo respiraría mejor. Sería como si ensanchara sus pulmones llenándolos de oxígeno puro y no de aire fétido, producto de las cloacas del bajo mundo.

—Es difícil hacer un diagnóstico exacto con la visita que he realizado.

—Bien, doc —apremió Flanders— sabemos que le hacen falta sus aparatos, pero algo podrá decir, ¿no?

El médico carraspeó.

—A simple vista tiene un trauma craneano causado por un objeto contundente, el cenicero que había junto a la cama. Le han erosionado la piel, pero por lo visto han trastornado su cerebro con el golpe. Una conmoción cerebral bastante fuerte.

—Pero ¿vivirá? —inquirió Willy.

—Sí, eso sí, a simple vista nada grave se le aprecia. Su tensión sanguínea es correcta, su corazón late acompasadamente, respira a la perfección y la conmoción cerebral no ha paralizado ningún sistema fisiológico. Sólo está en coma traumático o, en palabras simples, dormido por el fuerte golpe recibido.

Borruti preguntó interesado:

—¿Y cuándo despertará?

El médico se encogió de hombros ligeramente.

—Quién sabe. Lo mismo puede despertar dentro de unos minutos, de unas horas, días o nunca. La ciencia se ha encontrado con casos semejantes en los que los pacientes han sido condenados a una simple vida vegetativa. No es que quiera ser pesimista, pero supongo que desean la verdad.

Ricky, el hombre que controlaba el juego, preguntó desde su

butaca:

—¿Y no puede hacer nada por recuperarlo, por despertarlo?

—Se pueden intentar cosas, pero primero hay que diagnosticar más certeramente. Lo mejor sería trasladar al paciente a mi hospital, allí sería examinado concienzudamente, haciéndole radiografías de precisión y electroencefalogramas para buscar el lugar afectado. Si es preciso, pueden utilizarse radioisótopos para hallar el punto débil de la herida.

—No, doc —denegó Borruti—. El paciente no saldrá de este yate por ahora.

—Si quieren que lo examine correctamente, no basta con un medidor de presión y un estetoscopio. Hoy en día, la ciencia posee medios muy precisos para diagnosticar.

Jacky penetró en el saloncito. Se quedó quieto al ver que estaban hablando. En aquel momento, quien lo hacía era Stevenson, el rey de la prostitución y la trata de blancas en Nueva York.

—El paciente no se moverá del yate. Traiga sus aparatos aquí, doc.

—Algunos sí pueden traerse, pero no todos. Precisan de una complicada instalación que aquí no sería posible. Además, llamarían mucho más la atención que si sacásemos al paciente del yate. Ya conocen la discreción de mi clínica, allí se ignora el nombre del paciente y nadie se lo preguntaría.

Borruti insistió.

—No podemos arriesgarnos por ahora.

—Imagino que es una persona muy importante para ustedes, pero si quieren que despierte...

Willy intervino:

—Mis compañeros tienen razón. De momento será mejor que el paciente no salga de aquí y usted puede traer sus chismes menos complicados para profundizar en sus diagnósticos.

—¿Y si no son suficientes? —inquirió el médico.

—Podemos darle un plazo de tres días. Si en ese tiempo no ha conseguido despertarlo...

—¿Qué? —preguntó el médico mientras su frente comenzaba a perlarse de sudor, temiendo que le estuvieran amenazando.

Borruti respondió:

—Si en ese plazo no ha recuperado el conocimiento, se lo lleva

al hospital, pero en tres días usted hará lo imposible y trate de que despierte porque podría enfadarnos mucho que no lo consiguiera, ¿comprende?

El médico tragó saliva.

—Está bien. Tenemos un electroencefalógrafo portátil y otros aparatos. Se hará lo que se pueda.

Cuando ya se dirigía a la puerta, el frío y joven Willy O'Connor

le cortó el paso advirtiéndolo:

—Recuerde que no queremos que se traiga ayudantes.

—Si son imprescindibles...

El galeno miró ansioso a todos, como dándoles a entender que era imposible realizar lo que pedían.

Borruti miró a sus compañeros. Como si fuera el portavoz de todos, dijo:

—Está bien, tráigase a dos ayudantes.

—Descuiden, serán tan discretos como yo.

—Sí, doc, serán muy discretos, porque cuando termine el trabajo, Willy se ocupará de ellos.

Willy asintió.

—Es una buena idea. Luego no nos exponremos a que hablen ni a que nos hagan chantaje.

—No irán a matarlos, ¿verdad? —balbució el médico, nervioso.

Borruti suspiró.

—Escoja a dos que sean buenos, pero que a la vez le importe menos desprenderse de ellos.

—¡No pueden hacer esto, no pueden asesinarlos!

—Doc —advirtió Stevenson— conténgase o será usted el eliminado. Se está poniendo muy nervioso y eso es perjudicial para nosotros. Haga caso de nuestras órdenes y ni a usted, a su clínica ni a su familia les sucederá nada. Por otra parte si el trabajo sale bien, recibirá unos sabrosos beneficios.

—No podemos arriesgarnos, doc —añadió Willy O'Connor

—. Usted mismo ya es un gran riesgo que debemos correr. Queremos el más absoluto secreto en todo este asunto y si supiera una sola palabra de lo que aquí sucede, usted sería el primero en caer, fuera o no culpable de la indiscreción.

Ante la desesperación del médico, Borruti aclaró:

—Todo esto es muy importante para el sindicato y usted encontrará enseguida dos médicos jóvenes como ayudantes.

Willy

O'Connor

puntualizó cínicamente:

—Ésta es la ocasión para deshacerse de los dos ayudantes que más le fastidien y, no se preocupe, nadie podrá culparle de lo que suceda. Simplemente se habrán ido de viaje, quizá a trabajar a otro lugar de la nación. Nadie hallará sus restos.

El médico, vencido, dominado por las amenazas de los hombres que dirigían el sindicato y contra los cuales se veía impotente, se dirigió a la puerta abandonando la estancia sin dar un portazo.

Willy

O'Connor

volvió su rostro hacia Jacky y dijo:

—Explica lo que viste del atacante.

Jacky parecía nervioso, dubitativo. Temía las represalias de Willy por haber fallado.

—Estaba descubriendo el garfio que había utilizado para subir a la nave por el costado cuando me agarraron por los pies y me lanzaron al agua.

—Te estamos preguntando cómo era ese tipo, Jacky.

Tras la observación de Willy, Jacky se puso más nervioso.

—Pues, no pude verlo bien, iba todo de negro y sólo lo vi cuando él se hundía en las aguas y yo salía a flote.

—Pero él volvería a salir, ¿no?

A la pregunta de Borruti, Jacky denegó:

—No, no salió.

Willy observó:

—Seguramente llevaría un equipo subacuático. Ese tipo sabía a lo que venía, había estudiado bien su plan. Posiblemente sabía que la pasarela, en apariencia inofensiva, estaba electrificada al igual que las amarras y buscó otro método, muy arriesgado, pero que le salió bien.

—¿Y quién pudo ser ese tipo? —preguntó Flanders.

Willy respondió:

—No sabemos nada de él, sólo que atacó a Apia con evidente

intención de liquidarlo. Registró su habitación y posiblemente se llevó algo. —Al decir aquello, miró a Francesco.

El guardaespaldas, sintiéndose aludido, contestó con su marcado acento italiano:

—Yo no he notado nada a faltar, claro que ignoro los documentos que el *signore* Apia traía.

—Ya has hablado suficiente, Jacky, puedes largarte. La próxima vez que suceda algo parecido y que el atacante pueda escapar, busca en tu sesera alguna oración si es que sabes rezar, porque serás borrado en la lista del mundo de los vivos.

Jacky tragó saliva y se apresuró a alejarse. Prefería que no se fijaran demasiado en él.

Flanders dijo al italiano:

—Ve a cuidar a tu amo y no te separes más de él. No lo has protegido demasiado, precisamente.

Francesco replicó con sarcasmo:

—El *signore* y yo creíamos que en este yate estaríamos seguras, pero parece que alrededor hay más enemigos de los que sería de desear. Cuando el *signore* despierte, él se encargará de desenmascarar a los culpables.

Nadie replicó a Francesco y éste se alejó del saloncito.

Todos los reunidos sabían que Francesco contaría luego a Marcello Apia con todo detalle lo sucedido.

Borruti se puso en pie. Caminó hasta el pequeño bar, y mientras se servía un «*bourbon*» habló de espaldas a sus siete colegas del mundo del crimen.

—Este asunto tenemos que solucionarlo cuanto antes. Si en Sicilia se enteran de lo ocurrido antes de que le hayamos dado solución, vamos a pasarlo muy mal. Marcello Apia era más intocable que cualquier jefe de Estado que visitara al Presidente de los Estados Unidos.

Flanders se aunó a aquella opinión.

—Estoy de tu parte, Borruti. Después de todo, no ha ocurrido lo irremediable. Marcello Apia no ha muerto.

—Pero todavía no ha despertado —advirtió Willy O'Connor.

Stevenson dijo:

—Cuando despierte debemos tenerle preparada en bandeja de

plata la cabeza del atacante, y no sólo eso.

—¿Qué más? —preguntó Willy.

—Junto a ella también debe estar la cabeza del hombre que lo envió, porque tengo la intuición de que el atacante es un hombre joven y entrenado, de lo contrario no habría podido venir nadando por debajo del agua con la temperatura que éstas tienen, escalar a la cubierta del barco, atacar a Apia y poner fuera de combate a dos de los matones de Willy y escapar.

—Estoy contigo, Stevenson —asintió Borruti—. Yo también opino que lo ha enviado alguien que conocía bien este barco y que sabía que Apia estaba aquí, y sólo los aquí reunidos sabíamos que Apia acababa de llegar.

Flanders dio un respingo. Molesto preguntó:

—¿Qué tratas de decir, Borruti?

—Sencillo, que alguien de nosotros quiere trabajar por su cuenta. ¿Por qué? Eso todavía no lo sabemos, pero lo averiguaremos. Quizá tema que Apia revise sus libros y ha enviado a un hombre de confianza para que termine con él.

Ricky también dio su parecer.

—Quizá sea alguien que desea suceder a Lavinatra y por si Apia no ha pensado en él, ha intentado eliminarlo.

—Todas las teorías son válidas —dijo Willy

O'Connor

—, pero lo que sí parece cierto es que uno de los que estamos aquí dentro, y me incluyo para que no sospechen de mí, es un traidor al sindicato.

Borruti, el decano de aquellos delincuentes, con su vaso de licor en la mano, puntualizó:

—Podemos averiguar lo que haga falta y castigar con dureza a los culpables durante estos tres días que tenemos de tiempo. Luego será más difícil. Ya no podremos ocultar lo que ocurre a quienes han enviado a Apia y entonces ellos decidirían por su cuenta, lo que nos podría costar la vida a todos.

Flanders espetó:

—No podemos permitir que las cosas lleguen a ese extremo, sería fatídico para todos nosotros. Hay que desenmascarar al traidor del sindicato.

Willy dijo filosófico:

—No me gustaría hallarme en el pellejo de quien haya sido.

—Si Marcello Apia despierta antes, nos veremos en dificultades.

Flanders, empequeñecidas sus pupilas, paseando su mirada de uno a otro, silabeó:

—Si ha sido uno de nosotros, como así parece, ya que otro del exterior no podía conocer la llegada de Apia a este yate y las barreras eléctricas del mismo, sugiero...

—¿Qué? —apremió Willy.

—Podríamos confeccionar una especie de cuestionario al que todos responderíamos sin fallar.

—No me diga, Flanders. ¿Vamos a fiamos los unos de los otros, es decir, de su palabra?

—Bueno, yo tengo medios de traer hasta el yate un detector de mentiras. El que falle será el culpable. Es simple, pero eficaz.

Grangers, nervioso, objetó:

—Esto es absurdo.

—A mí me parece bien —dijo Borruti— y si alguien no quiere someterse al detector es que algo tiene que ver con lo sucedido aquí esta noche.

—Por el solo hecho de negarse al detector de mentiras, con la aprobación del resto de los reunidos, yo me ocuparé de él.

Grangers, sin conseguir desprenderse del desasosiego que le hacía automáticamente sospechoso, dijo:

—¿Y si nos hacemos preguntas que tengan que ver con otra cosa?

Flanders aclaró:

—Ya he dicho que sería un cuestionario idéntico para todos, con preguntas básicas. He utilizado el detector muchas veces en los medios policiales y es bastante eficaz.

—Pero a veces puede fallar —advirtió Grangers— por eso no se adopta oficialmente.

Willy objetó encogiéndose de hombros:

—También un jurado puede equivocarse y sin embargo condena al que se considera culpable. En este caso sucederá lo mismo, de modo que cuando sea aplicado el detector de mentiras será mejor que nos pongamos tranquilos. Tengo entendido que ese aparatejo es muy sensible.

—Sensibilísimo —asintió el policía Flanders— y esta misma

noche puede estar en el yate.

Borruti, haciéndose el dueño de la situación por ser el más veterano en el sindicato del crimen, habló.

—Esta noche, todos aquí de nuevo. El que falte, Willy se encargará de él porque será el supuesto culpable.

Stevenson se puso en pie, sonriente, al tiempo que aprobaba:

—Me parece una excelente idea. El que haya cometido la estupidez de atacar a Apia lo pagará caro, es la ley de nuestro sindicato. No íbamos a recibir todos por el imbécil que ha actuado por su cuenta.

Lee J. Grangers fue el último en ponerse en pie. Las rodillas le temblaban dentro de las perneras del pantalón. Estaba perdido y lo sabía.

Si aquel intruso no se hubiera interpuesto en su camino, ahora no temería al detector de mentiras que podía descubrir que él sabía que Apia iba a ser atacado y la nave visitada.

CAPÍTULO VI

Buck Sherman se levantó de la cama. La cabeza le dolía por falta de sueño, pero el reloj despertador había sonado implacable y estridente a la hora fijada por él de antemano.

Pasó al cuarto de aseo y puso la cabeza bajo el grifo, permaneciendo así un par de minutos. Luego, se secó y con el pantalón del pijama pasó al *living-room*. Allí olía bien.

—Hum, esto parece tocino frito.

Myrna apareció con una bandeja en la que había preparado un succulento desayuno. Comió junto a él y Sherman la felicitó por el desayuno, diciéndose para sus adentros que Myrna haría una estupenda esposa. Levantarse de la cama y encontrar un apetitoso desayuno preparado no le ocurría hacía mucho tiempo.

—Myrna, eres un encanto.

Ella sonrió. Dio un mordisco a uno de los canapés y dijo:

—Pues yo todavía no sé lo que tú eres. Quizá un peligroso asesino del que no debería fiarme.

—¿Eso te parezco?

—Aunque seas un asesino, me gustas. Eres distinto a los chicos que he conocido hasta ahora.

—¿En qué, acaso soy más feo?

—No, eres más... Bueno, mejor será que me calle, si no te pones vanidoso.

Buck dejó los últimos restos del desayuno al tiempo que decía:

—Tengo que llamar a tu papá. El estará aguardando mi llamada.

—No le hagas sufrir demasiado, Buck. De lo contrario, tendré que salir de este apartamento.

—No cometas esa tontería en mi ausencia, podría serte funesta. Ya sabes lo que piensa hacer el sindicato si te atrapa.

—Sí, sé lo que piensa hacer el sindicato, pero no lo que piensas hacer tú. Además... —Las mejillas se le arrebolaron y se llenó la

boca con el café que ella misma había preparado.

Sherman marcó el número de teléfono y no tardó en escuchar la voz nerviosa de Lee J. Grangers al otro lado del hilo.

—¿Grangers?

—Sherman, ¿es usted?

—Sí. Le noto nervioso, ¿se han complicado las cosas?

—¡Es usted un imbécil! ¿Por qué tuvo que atacar a Marcello Apia?

—¿Y cómo sabe que fui yo? —preguntó cínicamente.

—No se haga el idiota, sólo ha podido ser usted.

—Bueno, es verdad. Usted me facilitó la lista y los detalles necesarios.

—Pero ¿por qué trató de eliminar a Apia?

—Se puso un poco tonto y tuve que darle en la cabeza —mintió para no tener que explicar su plan.

—¿Y la sangre que había en la cama?

—Era mía, por supuesto. Apia estuvo a punto de apuñalarme.

—Ojalá lo hubiera conseguido. Ahora se han complicado las cosas. Apia está en coma, no despierta.

—¿Eso es muy grave?

—Sí, gravísimo. Todos sospechan que uno de los jefes del sindicato es el culpable de lo ocurrido.

—Si sólo son sospechas...

—Son algo más que sospechas. Todos nos hemos comprometido a pasar por el detector de mentiras que traerá Flanders esta noche para demostrar nuestra inocencia en el ataque contra Apia.

—Usted vaya tranquilo a la cita.

—¿Tranquilo? Cuando me apliquen el detector de mentiras estaré tan nervioso que van a saltar las agujas de las esferas. Me asesinarán, los conozco bien, me asesinarán.

—Déjelo de mi cuenta, Grangers. No lo matarán.

—Es muy fácil decir eso, pero el que va a correr el riesgo soy yo y todavía no sé qué está usted persiguiendo en todo esto. ¿Y mi hija?

—Aquí, cerca de mí y a salvo de sus amigos.

—No sé quién es peor, si los del sindicato o usted. De momento me ha puesto en un grave aprieto.

—Trataré de sacarle de él, Grangers, a mí me interesan todos los

del sindicato. Por cierto, ¿qué sucederá si alguno no asiste a la cita de la noche?

—Qué pensarán que es el culpable y lo ejecutarán. Willy O'Connor,
con sus matones, se encargará de ello.

—Bien, ya arreglaré todo esto. Usted no saiga de su casa y cuando llegue la noche, acuda a la cita.

—Quiere que me asesinen, ¿verdad?

—Oiga primero a su hija, atienda lo que va a decirle. —Tapó el micro del teléfono con su mano y dijo a la muchacha—: Acércate y dile a tu padre que estás bien. Que haga lo que yo le indico o estará perdido.

—¿Y si no le digo lo que tú me pides?

—En ese caso, puedes darlo por muerto. Los del sindicato se van a encargar de él.

—Dios mío, Buck, ¿qué estás haciendo, qué lío estás armando? Eres como el mismísimo diablo complicando las cosas. Comprendo que quieran matarme a mí por lo del coctail Molotov, pero ahora mi padre, ¿qué les ha hecho?

—Tu papá está impaciente al otro lado de la línea. Haz lo que te pido y le ayudarás. Si haces lo contrario, firmarás su sentencia de muerte.

Ella aceptó resignada. No sabía por qué, pero confió en Buck Sherman.

Tomó el auricular y puso una mano sobre el tórax masculino como si quisiera escuchar el recio corazón que latía dentro de él.

—Papá...

—¡Myrna, hija! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha hecho ese Sherman?

—Nada, papá, nada que yo no haya querido. Por favor, haz lo que te pide. Creo que Sherman te ayudará. Es un hombre arriesgado. Ha venido herido, pero no ha sido nada. Es fuerte, pero también cerebral, simpático, pero cínico. Creo papá que tanto tú como yo debemos confiar en él. No me preguntes por qué, no sabría decírtelo, quizá sea simplemente intuición femenina.

Sherman le quitó el auricular y dijo:

—Ya ha oído, Grangers, haga lo que le he dicho. Muévase pasivamente y deje el resto de mi cuenta, no se arrepentirá.

Sherman colgó el teléfono y Myrna se abrazó a él, apoyando su

cabeza contra el tórax masculino.

—Buck, Buck, no sé si tendré que llorar después por haber confiado en ti.

El la estrechó contra sí al tiempo que susurraba:

—Buck no te fallará, encanto, a menos que se lo coman los peces del estuario. Sigue confiando en mí.

CAPÍTULO VII

Buck Sherman detuvo su coche en el callejón. Se había vestido de forma muy especial, con cazadora de cuero, sombrero «Stetson» y pantalones vaqueros.

Incluso, había teñido la parte superior de sus pómulos con un ligero color rojizo moreno como si le hubiera dado mucho el sol.

A distancia, cualquiera hubiera dicho que Sherman era un rancho tejano, fanfarrón y camorrista como correspondía a su peculiar idiosincrasia, pero los neoyorquinos sabían que los tejanos solían manejar mucho dinero para divertirse. Buck Sherman no era tejano, pero estaba dispuesto a llevar a cabo su papel a la perfección.

Tocó su axila con el antebrazo, disimuladamente. Debajo de la misma portaba una «Browning». Sabía que iba a jugarse el todo por el todo. Se hallaba al norte de Manhattan, cerca del Harlem. Ante él se alzaba el edificio Brown, una construcción de diez pisos realizada al término de la guerra del catorce.

En los años cincuenta, aquel edificio había sido adquirido en su totalidad por Stevenson. Había desalojado a los vecinos y convertido el inmueble en su cuartel general, el mayor burdel de Manhattan.

Oficialmente, el edificio pertenecía a Stevenson, pero todos sabían que en realidad aquel prostíbulo, lo mismo que toda la cadena Stevenson, pertenecía al sindicato, al que debía rendir cuentas.

Stevenson tenía en la parte alta del edificio su cuartel general. Desde arriba dirigía su imperio y docenas de chicas en el edificio Brown, y millares en toda su cadena, eran controladas meticulosamente por él.

De cada dólar que ellas ganaban con el execrable comercio de la prostitución, sesenta centavos iban a las arcas de Stevenson, más

pocos sabían que diez centavos eran íntegros para él, otros diez para la conservación de su negocio y pago de locales y matones que controlaban a las chicas, y el resto, cuarenta centavos, iban a las arcas cada vez más fuertes del sindicato.

Sherman se dispuso a pasar por un visitante más de la ciudad, un turista sureño deslumbrado por el gran Nueva York, con su densa demografía y la altitud de sus edificios.

Había estudiado metódicamente el plan a realizar y no podía fallar un solo segundo o todo se vendría abajo.

Conocía bien las ventanas y puertas del edificio Brown, no en vano sus planos estaban controlados por la policía aunque las autoridades no podían hacer desaparecer el repugnante comercio.

Sherman empujó la doble puerta de cristal rojo con ambas manos, en un ademán provocativo al tiempo que, sonriendo, mostraba su doble hilera de fuertes dientes.

La tarde no había hecho más que comenzar y el bar que constituía el grandioso vestíbulo de aquel antro, una cafetería con tres barras distintas para poder atender a la clientela en sus momentos de mayor afluencia, no estaba muy concurrido.

Buscó entre las mesas hasta que halló a una joven muy agraciada.

—Vamos, encanto, tengo un boletito para ti.

—Con mucho gusto. Tú eres tejano, ¿verdad?

Sherman se dejó caer en la silla y susurró en la oreja femenina:

—Es la primera vez que vengo, pero un amigo me recomendó esto y me dijo que en la habitación ochocientos veinte se está de primera, que es fantástica.

—Pues, arriba. Si la habitación no está ocupada, te llevaré a ella de la mano.

Se introdujeron en el elevador ante las miradas burlonas de los matones y el cajero.

La habitación ochocientos veinte estaba casi en el ático del edificio.

La joven llevaba consigo una llave maestra que servía para todas las habitaciones de aquel piso. Pese a ello, dos tipos vigilaban el lugar.

Llevando a la morenita cogida por el hombro, ambos se plantaron ante la habitación pedida en la que no había el rótulo de

«NO MOLESTAR». La llave giró y la hoja de madera fue franqueada.

Sacó el cartón de «NO MOLESTAR» y lo colgó en el pomo exterior de la puerta. Luego, corrió el cerrojo para no ser molestado inopinadamente.

Sherman se le acercó. La besó en los labios y cuando la caricia terminó la chica estaba inconsciente. En su cuello, a ambos lados de la base de la nuca, se notaban dos pequeñas marcas.

—Lo siento, preciosa, tenía que callarte.

Evitando que la chica se desplomara, la cogió en brazos y la depositó sobre la cama. Con una cuerda de nylon, la ató de pies y manos por la parte delantera para que le fuera más fácil escapar si lo deseaba. Luego, la amordazó y la dejó tendida en el lecho.

Buck Sherman pasó al cuarto de aseo. Clavó su mirada en la rejilla del conducto de ventilación y renovación de aire. Del bolsillo interior de su chaqueta extrajo una pluma estilográfica y al quitarle el capuchón, resultó un destornillador con el que se apresuró a desenroscar los tomillos.

En breve espacio de tiempo, la rejilla quedó fuera. Sherman acopló a la punta del destornillador otra pieza que transformaba el sentido de fuerza de la herramienta. Con ella podía ahora quitar tomillos que estuvieran en el lado opuesto. El sistema requería habilidad, práctica, era laborioso, pero si se realizaba bien, era efectivo.

Ya con el destornillador acondicionado, se introdujo en el hueco que absorbía el aire de todos los cuartos de aseo situados en aquel lado del edificio Brown. Cuando Sherman se halló dentro del tubo, comprobó que la vertical del mismo era tan perfecta como mortal si se deslizaba hacia el fondo, pues se hallaba en el piso octavo. Algunas luces con rejillas iluminaban trechos de aquella especie de pozo de unos seis pies cuadrados.

Las paredes estaban cementadas y estucadas para que el vapor que pudiera escapar de los cuartos de aseo no fuera absorbido por ellas, pasando a otras dependencias del edificio.

No había parte alguna adonde agarrarse y Buck Sherman tenía que subir, ya que si se deslizaba, sólo hallaría la muerte.

Utilizando para agarrarse la presión de sus brazos y sus piernas contra las paredes opuestas y la espalda contra la tercera de las cuatro paredes, quedó suspendido en el vacío. Sólo que se encogiera

unas décimas de pulgada la caída sería vertical y nada ni nadie podría detenerle. Sería difícil que alguien hallara su cadáver en algún tiempo.

Comenzó a moverse y a subir en vertical como si se tratara de un insecto más que de un humano. El esfuerzo era grande y su frente comenzó a perlarse de sudor.

Pasó frente a una rejilla y escuchó risas de mujer. Sherman prosiguió su ascenso hasta la siguiente rejilla, correspondiente al cuarto de aseo del último piso, a la que llegó no sin esfuerzos sobrehumanos.

La herida de su brazo, pese a no tener gran importancia, le dolía al tener que oprimirla a veces contra la pared para no resbalar y deslizarse hacia el fondo en una caída vertical de diez pisos de altura.

Al fin, engarfió sus dedos en la última rejilla para descansar unos instantes la presión de su cuerpo contra las paredes lisas y resbaladizas mientras el aire circulaba en su derredor, empañándolas de vapor, pues alguien, en algún cuarto de aseo, se estaba bañando con agua muy caliente y el vapor era absorbido por el tubo. Como que Sherman obstruía casi todo el tubo, el vapor le pegó la camisa y las perneras de los pantalones al cuerpo. Se dijo que tenía que salir de allí cuanto antes.

En aquel cuarto de aseo no había nadie y se hallaba a oscuras.

Tras el descanso, si a aquella postura se le podía llamar descanso, introdujo el complicado destornillador por la rejilla y comenzó a manipular con él sobre los tornillos que la sujetaban por el lado interior.

Los tornillos fueron cayendo uno a uno al piso del cuarto de aseo y la rejilla fue quitada al fin. Sherman pasó por el hueco y quedó en el lavabo. Respiró hondo por haber dejado atrás el peligroso tubo de renovación de aire.

Tocó con la mano el lavabo de pie y pensó que lo que más deseaba en aquellos instantes era meter la cabeza debajo de un grifo. Se aguantó para no hacer ruido alguno que delatara su presencia.

Pegó el oído a la puerta y escuchó con atención. No se oían voces, nadie hablaba al otro lado de la puerta. Sin embargo, escuchó unos ruidos que para cualquier persona de la calle no

habrían significado nada, en cambio sí para un administrativo o un ser como Buck Sherman, adiestrados para identificar cualquier sonido.

«Archivos que se abren y cierran. Creo que éste será un momento idóneo».

Tras aquel pensamiento, comenzó a abrir lentamente la puerta del cuarto de aseo. Cuando hubo abierto lo suficiente, miró hacia el exterior.

Delante de la puerta del baño había un distribuidor de tres ó cuatro metros cuadrados y luego un despacho grande y amplio. No era moderno, pero sí lujoso.

En su primer vistazo, Sherman no vio a nadie. Abandonó el lavabo y al quedar en el distribuidor, en la pared no visible desde el baño, pudo ver una gran y pesada estantería repleta de libros, una estantería que ahora se hallaba abierta por la mitad.

En el hueco que quedaba al descubierto había una caja fuerte empotrada en el muro y grandes archivos repletos de carpetas, millares de ellas debería haber allí, bien ordenadas y clasificadas.

Frente al gran archivo, seguramente de las chicas controladas en aquel sucio negocio del sindicato, se hallaba Stevenson.

—Ponga las manos en la nuca y no haga ningún movimiento o le vuelo la cabeza de un balazo.

La advertencia fue seca, como un latigazo, fría como un témpano de hielo y dura como un diamante capaz de herir la sensibilidad más pétrea.

Stevenson era un hampón que si había llegado lejos era porque había sabido cuidar su vida y una voz que le había amenazado por sorpresa y en aquella forma tan tajante debía ser obedecida. Alzó sus manos y las pegó a la nuca.

—¿Quién es usted? —preguntó sin atreverse a moverse.

—Cierra la boca, Stevenson, las preguntas las hago yo. Siempre de espaldas, camina tres pasos hasta situarte en el centro del despacho, en el lugar más despejado.

Stevenson obedeció metódicamente, como un recluta al sargento de instrucción.

—Ahora ponte de rodillas, sin quitar las manos de la cabeza. Soy buen tirador y para mí sería como una frustración tener que dispararte a boca de jarro.

Stevenson obedeció una vez más, doblando sus rodillas sobre la mullida alfombra.

Sherman, sabiendo lo peligroso que era aquel tipo, avanzó hacia él por la espalda. Dio un vistazo a la puerta del despacho y observó que ésta se hallaba cerrada y con una barra de acero cromado atrancándola. Era una forma que Stevenson tenía para evitar que le sorprendieran mientras trabajaba en sus archivos, por ello se hallaba ahora más que aturdido ante la aparición de un extraño en su despacho tras haber bajado la barra de hierro. Aquello parecía arte de brujas, antes de cerrar la puerta allí no había nadie. El mismo lo comprobaba metódicamente en todas las ocasiones.

Apoyó el cañón de la «Browning» entre los omoplatos del hampón y le quitó una pistola «Colt» de cañón corto y poco peso, último modelo de la casa «Colt» que un siglo atrás fabricara el legendario revólver de tambor giratorio y seis disparos. También le quitó una navaja, que Sherman se guardó gruñendo con satisfacción:

—Borruti va a pagarme bien este trabajo.

Al oír aquel nombre, Stevenson no pudo evitar girar la cabeza y con ella los brazos, ya que tenía las manos pegadas a la nuca. Con los ojos muy abiertos, miró a Sherman incrédulo.

—¿Ha dicho que trabaja para Borruti?

—Yo trabajo para mí, Stevenson, los demás solo me contratan. Así nadie me conoce y nadie sabe para quién trabajo.

—Pero, ha dicho que Borruti le pagaría bien.

—Eso es. Borruti me pidió que subiera al yate Siroco y me llevara algunos papelotes. Fue arriesgado. El tipo que dormía en la cama se despertó y le aticé con algo de cristal en la cabeza, pero por lo que me ha contado Borruti no lo liquidé.

—¿Qué quiere Borruti de mí? —preguntó siempre de rodillas y con las manos en la nuca.

Sherman se separó de él un par de pasos. El adiestramiento en la academia de Quántico le había enseñado a prever en toda ocasión cualquier reacción de ataque de un enemigo y así lo hacía, ya que los métodos de enseñanza estaban científicamente calculados y computados después de los cerebros electrónicos en el cálculo comparativo de hechos ya sucedidos y en los que habían perecido agentes federales o simplemente resultado heridos.

—Esos archivos son las fichas de las nenas, ¿verdad?

—Borruti no está en este negocio.

—Ya lo sé, Stevenson, la prostitución la llevas tú. Borruti no quiere tu negocio, tiene suficiente con lo suyo, es decir, prefiere suceder a Lavinatra. En fin, sería largo de contar. Ahora tiene problemas con un detector de mentiras del que me ha hablado.

—¡Maldito Borruti, lo desenmascaran lo mismo! —masculló Stevenson rabioso contra el traidor del sindicato y su difícil situación.

—No lo creas, Stevenson, Borruti es muy listo. El acudirá a la cita del yate esta noche, el que faltará a ella serás tú. ¿Comprendes lo que significa eso?

Stevenson tragó saliva.

—Si me hallan muerto, no se conformarán. Estarán intranquilos, querrán saber cómo y por qué he muerto. Es crear más problemas.

—No lo creas, Stevenson. La verdad es que no voy a liquidarte. Tú no asistirás a la cita porque estarás conmigo. Mañana en la mañana te soltaré y tú correrás por Nueva York como zorro por el monte en una cacería.

—¿Está tratando de decirme que va a ser mi caza?

—Sí. Mañana será el día de la caza de Stevenson. Esta noche, cuando faltes a la cita, ya nadie pensará en utilizar el detector de mentiras. Todos creerán que tú eres el traidor que casi mató a Apia y que no te has presentado por miedo al detector de mentiras. Como es lógico, te sentenciarán a muerte. Ellos también están con problemas con Apia, Willy

O'Connor

recogerá la orden de ejecución y comenzará la cacería. Nadie te salvará cuando se sepa en toda la Unión que has caído en desgracia con el sindicato del crimen.

—¡No, eso no ocurrirá, yo buscaré a Willy y le explicaré...!

Sherman vio sudar de miedo a aquel hampón que se enriquecía a costa del lodo de las chicas que caían en desgracia y llevaban una vida de vergüenza, sometidas a aquel tipo execrable y sin escrúpulos que sobre su mesa tenía un pulverizador tallado en cristal y platino que contenía vitriolo. Con él pulverizaba a las que se rebelaban contra la extorsión de que era objeto y varias de ellas habían visto desaparecer su belleza bajo el ácido. Buck Sherman no

podía tener piedad con sujetos como aquél.

—¿Y crees que Willy va a escucharte tras recibir su orden de ejecución contra ti? Vamos, Stevenson, te creía más listo. Cuando Borruti ideó esto, sabía lo que se hacía. Tú puedes llorar e implorar a Willy, suplicarle, arrastrarte a sus pies y pedirle que te oiga. El te dará una patada en la boca y se reirá de ti antes de convertirte en cadáver. Borruti quedará a salvo porque tú habrás pagado por él.

—¡Maldito, maldito!

Stevenson se revolvió para jugarse el todo por el todo, pero no alcanzó a Sherman y sí recibió un durísimo golpe en la base de su nuca que le quitó el sentido, desplomándose boca abajo sobre la alfombra.

Sherman ató las manos a la espalda de Stevenson y le amordazó la boca por si despertaba antes de hora. Luego, Jo tendió cruzado en la alfombra y lo enrolló con ella.

Estaba seguro de que habría alguien custodiando la puerta en el exterior del despacho y debía deshacerse de él. Por ello, fue hasta la puerta, quitó la barra de acero y la abrió lentamente.

El guardián, al ver la alfombra enrollada y unos pies asomados por ella, entró para interesarse, ya que estaba seguro de que el único hombre que había en el despacho era su patrón.

Su falta de precaución le valió un fortísimo golpe en la cabeza que le dejó tendido en tierra.

Sherman se acercó a los archivos de las millares de chicas extorsionadas en aquel mísero y secular mundo de la prostitución, y sacando un fósforo prendió fuego a los que estaban más abajo para que las llamas, al crecer, prendieran el resto y nada quedara de aquellas carpetas, fotos incluidas, de las chicas que semejabán animalitos de comercio que desconocían la ropa.

Cuando comenzaba a salir humo y las llamas crecían, se puso frente a la mesa escritorio y miró los dos teléfonos. Uno de ellos era de línea directa con el exterior y el otro pasaba por la centralita del edificio Brown.

Tomó primero el aparato de línea directa y por él efectuó una rápida y concreta llamada, sin dar lugar a preguntas.

—Vengan rápido al edificio Brown. Hay fuego en el último piso.

Cuando el telefonista del cuartelillo de bomberos quiso inquirir para comprobar que no se trataba de una pesada broma, Sherman

colgó a sabiendas de que los bomberos acudirían pese a la duda. Cuando llegaran, los archivos ya estarían destruidos y nada más ardería en aquel edificio. Por si acaso, descolgó el teléfono interno y llamó a la centralita advirtiéndolo:

—Rápido, avisen a dos hombres que vayan a la habitación ochocientos veinte. Hay una chica en grave estado. —Colgó.

De esta forma, la muchacha que dejara atada en la cama, sería rescatada.

No había tiempo que perder si quería salir del edificio. Cogió la alfombra con el cuerpo de Stevenson en su interior, se la cargó sobre el hombro no sin grandes esfuerzos y abandonó el despacho dejándolo abierto y al guardián tumbado. Cuando la alarma fuera provocada en todo el edificio, aquel sujeto sería rescatado y si le preguntaban, no sería a la policía a quien respondiese. Aquella era precisamente una de las normas del sindicato para solventar sus problemas internos.

Se introdujo en el elevador y pulsó el botón del sótano, correspondiente a la lavandería.

Cuando apareció en la lavandería, en medio de las obreras que allí trabajaban, gritó con la alfombra sobre su hombro:

—¡Rápido, hay fuego en el piso alto! ¡Yo ya me llevo a un herido y vienen en camino los bomberos! ¡Hay que evacuar el edificio!

Inmediatamente, las mujeres comenzaron a chillar asustadas y a abandonar sus puestos de trabajo en busca de la salida. Algunos de los vigilantes hicieron lo propio, pero uno de ellos se acercó suspicaz y un tanto agresivo a Sherman.

—Y usted, ¿quién es?

—¿Yo?

El puño libre de Sherman se estrelló contra su boca tumbándolo de espaldas. Sin esperar a que se recuperara, echó a correr hacia la salida mezclado con la gente que gritaba y no tardó en llenar las calles que rodeaban el edificio Brown.

Mientras, todas las miradas se alzaban al cielo y los índices apuntaban hacia la columna de humo que se elevaba por encima del edificio Brown.

Ya las sirenas de los bomberos ululaban cercanas y el pánico había sido provocado dentro del edificio. La gente de la calle pudo ver un espectáculo insólito. Docenas y docenas de rameras, con

más o menos ropa, corriendo y gritando, brotaban por aquellas puertas rojas seguidas de imprecaciones, insultos y obscenidades de los clientes que, atropelladamente, abandonaban también el edificio Brown.

Buck Sherman se llevó a su prisionero en el auto. Subió por Manhattan introduciéndose en el oeste de Harlem y allí, en un garaje abandonado, introdujo el coche.

Sacó a Stevenson con alfombra incluida. Lo dejó en el suelo y sujetó un lado de la alfombra en un gancho de la pared para que si Stevenson comenzaba a rodar sobre sí mismo, pudiera liberarse de la alfombra y escapar.

Para ello, como si se tratara de un descuido por parte de un mecánico, dejó a su lado una sierra de metal apresada en el torniquete de acero y con los dientes hacia arriba. En el cajón, cerca de la sierra, abandonó su pistola. Era imprescindible que Stevenson escapara, pero de forma que creyera que lo había hecho con su propio esfuerzo e inteligencia.

—Ahí te quedas. Mañana vendré a desatarte y luego, a correr hasta que Willy

O'Connor

te encuentre —dijo en voz alta, a sabiendas de que ya debía haber despertado del golpe que le propinara.

Montó de nuevo en su auto y arrancando con gran sonoridad del motor, abandonó el solitario taller-garaje.

CAPÍTULO VIII

Ricky, el rey de las apuestas, el controlador de toda clase de juegos amparados por el sindicato, un tentáculo más de la organización criminal al margen de la ley, se hallaba aquella tarde en el Acueduct Race Track en Queens.

Tenía una extensa gama de secuaces que controlaban las carreras de caballos y apuestas de otras índoles. El prefería sentarse en su buen palco de Acueduct, el mejor y más moderno hipódromo de los Estados Unidos ubicado en el South Ozone Park.

Ricky era bajo, obeso. Cubría su calvicie con un sombrero pasado de moda de paja negra y brillante con cinta plateada.

Sus secuaces de mayor confianza se le acercaban, le informaban de datos y él repartía órdenes. Muchos jugadores empedernidos de la alta sociedad neoyorquina le consultaban y él respondía con una sonrisa o acertadamente si le interesaba para luego pedir otro favor a cambio. Si alguien sabía qué caballo iba a ganar, ese alguien era Ricky.

Aquella tarde falta de sol, húmeda y un tanto fresca, con la tierra de la pista mojada por la lluvia caída los días anteriores, Ricky se encajó en su asiento en cuyo respaldo y en el lateral derecho había una placa brillante que advertía:

«PRIVATE»

Ricky no se hallaba muy tranquilo. Quienes lo conocían lo habían notado, pues no era hombre que gustase de controlar sus emociones.

Ricky replicaba duro y agrio a sus hombres y éstos, a menos que llevaran alguna noticia importante, se abstenían de acercársele para no aumentar su malhumor.

De pronto, apareció un muchacho para recados. Acercándose a

Ricky, le entregó un sobre cerrado.

—Es para usted, señor Ricky.

—¿De parte de quién?

—De un hombre que me ha dicho que era muy importante y urgente. Dice que se llama Siroco, que usted entendería.

Ricky se quedó mirando al chico. Había captado inmediatamente el nombre del yate donde aún dormía Marcello Apia, pese a los esfuerzos del médico que lo atendía.

El muchacho no aguardó a recibir la propina, sabía sobradamente que Ricky no las daba y desgraciado de aquel que no le obedeciera dentro del mundillo que le rodeaba.

Se había comentado en múltiples ocasiones que en las cuadras vacías habían aparecido peones, *jockeys* y apostadores apaleados bárbaramente.

Éstos, una vez trasladados al hospital y pese a las fracturas, se habían negado a acusar a Ricky por temor a morir. Preferían decir que había sido un accidente con un caballo que no recordaban y a los matones de Ricky ya se les había pasado a llamar «el caballo asesino».

Rasgó el sobre con sus dedos gordos, casi carentes de uñas, más propios de un labriego que de un hombre de ciudad.

«Ricky, usted no me ve, pero le estoy apuntando con un arma de gran precisión, camuflada para no llamar la atención entre tanto público como le rodea...»

Ricky, nervioso, alzó la mirada en busca del autor de la carta. Vio a mucha gente y a sus secuaces cerca de él, pero a nadie con un arma. Siguió leyendo interesado:

«Soy un tirador de “élite”. ¿Ve la plaquita brillante que casi tiene junto a su oreja?...»

Ricky, instintivamente, se volvió a mirar la chapa.

Una carrera comenzó en aquel momento y el griterío fue atronador. Mucha gente se puso en pie, pero en su palco, Ricky no podía ser estorbado por nadie.

Quedó atónito viendo cómo la placa de «PRIVATE» había sido perforada limpiamente. No cabía duda, el que había escrito aquella

misiva no fanfarroneaba. Se apresuró a proseguir la lectura de la nota mientras el público seguía atento las incidencias de la carrera, ignorante de los problemas que, inopinadamente, le habían surgido al hombre del sindicato del crimen.

«La próxima bala, y es una “dum-dum”, será para usted, Ricky. La tengo en la recámara, preparada, a menos que siga mis instrucciones. De momento, asienta con su cabeza, que yo vea su conformidad o jalaré otra vez el gatillo y la “dum-dum” irá justo entre sus dos cejas».

Ricky miró al frente, buscando al hombre que le amenazaba.

Al otro lado de la pista había multitud de reporteros con sus filmadoras tomando planos de las carreras. Ricky, que conocía el valor de una amenaza y según de quién viniera, se apresuró a afirmar con la cabeza. Después, continuó la larga misiva:

«No hable con nadie. Tengo teleobjetivo y vería mover sus labios. No haga ningún gesto extraño o lo mato. Vamos, Ricky, levántese, baje hasta la valla por delante de todos, no se escude en nadie porque la mataría igualmente y camine siempre en paralelo a la barrera hasta llegar a las cuadras, fuera del recinto del público. Ande junto a las cuadras hasta que yo le diga basta».

La carta carecía de firma. Ricky tornó a mirar la plaquita y el limpio orificio que había en su centro.

Como cualquier miembro del sindicato, Ricky tenía muchos enemigos, por ello no era de extrañar que alguien quisiera liquidarlo. En aquellos instantes, nada podía hacer para evadir la situación y decidió obedecer.

Se levantó con el papel en la mano. Tuvo deseos de llamar la atención de alguno de sus secuaces, pero se abstuvo de hacerlo. Con un teleobjetivo podían controlar hasta sus menores gestos y no quería ser obsequiado con una bala

«dum-dum»

con aquella precisión tan asombrosa con que habían perforado la

plaquita.

Anduvo junto a la valla de la pista tal como le habían indicado mientras el público seguía la carrera. Ansió disolverse entre la muchedumbre, pero allí no había ninguna boca de salida y por más que lo intentara no conseguiría escapar. Antes de llegar a la entrada de la tribuna de lujo le habrían alcanzado. El tipo que había hecho aquel alarde de puntería podía cazarlo con suma facilidad, sería como un conejo atado de patas.

Caminó hasta las caballerizas, ahora solitarias. Pronto se encenderían las luces eléctricas. El atardecer caía rápido y también un rocío molesto en el Queens neoyorquino.

Ricky escuchó unos pasos tras él.

Se volvió ligero, descubriendo a un hombre alto, de mentón cuadrado y ojos grises. En su mano portaba una filmadora con teleobjetivo incorporado. La sostenía cogida por la culata y con ella apuntaba al rey del juego.

—¿Quién es usted?

—El que le ha escrito la cartita. ¿La lleva encima?

—Sí, pero ¿se da cuenta de que el amenazarme puede costarle la vida?

Buck Sherman se le acercó y tiró de la carta, guardándola en su bolsillo.

Ricky no hizo ningún movimiento torpe, dándose cuenta de que el arma que llevaba el aparecido estaba dentro de la filmadora.

—A uno de los ocho ejecutivos del sindicato del crimen no le parece una tontería lo que estoy haciendo. El mismo me ha contratado —advirtió Sherman cínicamente.

Ricky exclamó incrédulo:

—¡No es posible!

—Vamos, Ricky, no es usted un *baby*. ¿Desde cuándo confía en los demás?

—Pero ¿quién es usted?

—¿Yo? Un solitario que trabaja para el mejor postor.

—En ese caso, le pago el doble de lo que le hayan prometido si me deja ir.

—Lo siento. Una de las causas por las que sigo vivo y trabajando en este negocio es porque siempre cumplo mis contratos.

Controlando difícilmente su miedo, Ricky preguntó:

—¿Y quién le paga para que me mate?

—No voy a matarlo, Ricky, pero es el rey del racket.

Ricky exclamó rápido:

—¿Holloway?

Sherman asintió con la cabeza. Holloway era uno de los ocho miembros del sindicato del crimen cuya lista le proporcionara el padre de Myrna.

—¿Y qué quiere de mí ese hijo de perra?

—No sé qué líos se trae Holloway, pero me ha pagado muy bien para que esta noche usted no pueda acudir a una cita que tienen en el Siroco.

—¿Eso le ha dicho?

—Sí, y me ha dado un buen puñado de billetes. Debe ser muy importante que usted sea el único ausente.

—Conque yo el ausente, ¿eh? ¡Maldito hijo de perra!

—Será que tratan de cargarle un mochuelo, ¿verdad? —preguntó Sherman con cinismo.

—Sí, sí, eso es lo que pretenden. Si hay que sospechar de alguien, será del que falte a la cita y ése será el que atentó contra...

—¿Apia?

—¿Cómo sabe su nombre?

—Holloway me lo ha contado todo. Dice que si le sirvo bien, puedo hacer luego muchos trabajos para él. Creo que desea ser el sucesor de Lavinatra.

—¡Maldito imbécil, creer que va a ser el rey! No lo conseguirá, lo descubrirán.

—No creo, Willy, el verdugo del sindicato, se ocupará de usted. Yo sólo tengo que hacer esto... Gírese.

—¡No voy a permitir que me manejen como a una marioneta primero para convertirme en un tiro al blanco después!

Sherman acercó la filmadora a Ricky. Este pudo ver en el teleobjetivo, en el centro del cono de protección contra los rayos solares, un orificio. Era el cañón del arma que se ocultaba en su interior.

Ricky pensó que aquel tipo era más de temer que el mismísimo Willy

O'Connor.

Lo que él ignoraba es que Sherman había pedido prestada aquella

arma a la jefatura federal. Había pertenecido a un asesino profesional muerto en un tiroteo portuario cuando trataba de ser capturado por el departamento de inmigración. Aquellos artilugios pasaban a formar parte del FBI en su departamento de armas y elementos empleados por los delincuentes en su imperio del crimen.

Ante la proximidad del arma, Ricky tragó saliva y se volvió recibiendo de inmediato un golpe en la nuca que lo dejó de bruces en el suelo.

Buck Sherman lo arrastró al interior de una de las cuadras.

Allí, lo ató de pies y manos, lo amordazó y alzándolo en el aire lo introdujo en el pesebre. Cerca de su cabeza, clavada en la pared, había una hoz que servía para cortar la alfalfa que daban de comer a los animales.

—Esto le servirá para escapar cuando llegue su hora —se dijo Sherman.

Abandonó a Ricky en aquel lugar pensando que en el Acueduct Race Track había terminado su trabajo. La noche estaba cubriendo con su manto, un tanto fresco en aquel otoño neoyorquino, el extenso distrito de Queens.

CAPÍTULO IX

Pese a los aparatos que había llevado al yate, el médico no conseguía despertar a Marcello Apia.

—Parece imposible. El electroencefalograma no marca ningún deterioro cerebral.

Francesco se hallaba sentado en una butaca, vigilando siempre a su amo como si de un perro de presa se tratara.

Willy

O'Connor

dijo cínico al galeno y al ayudante que éste se había traído, un ayudante que de antemano estaba condenado a morir sin él saberlo:

—Nos importa poco lo que indiquen sus chismes, doc. Despiértelo o aquí habrá bronca. Se lo digo yo que conozco bien el terreno. Todo el mundo está nervioso y la vida de este hombre nos es preciosísima.

—Estoy haciendo todo lo que puedo. En el yate, más es imposible —gruñó malhumorado.

—Hasta dentro de tres días no podrá llevárselo, doc, y le aconsejo que no carezca de la habilidad suficiente para despertar a nuestro invitado antes de ese momento. Podría resultar funesto.

Se abrió la puerta de la habitación y apareció Joe, uno de los matones del verdugo. Encontrando su mirada con la de su jefe inmediato, dijo:

—Le tenemos una sorpresa, Willy.

—Pues, vayamos a verla. Ya está resultando aburrido permanecer aquí sin hacer nada.

Willy

O'Connor

siguió a Joe hasta el saloncito. Allí, dos de sus secuaces daban escolta a un viejo que se esforzaba por sonreír.

—¿Quién es esta sorpresa? —preguntó a Joe.

El propio viejo se apresuró a responder dándole vueltas a su sombrero en la mano, nerviosamente.

—Me llamo Steel. Bueno, no es mi verdadero nombre, pero queda bien.

—Un hombre demasiado duro para un viejo como tú, ¿no te parece?

Joe se apresuró a aclarar:

—Es un revendedor de cigarrillos de marihuana.

—Ya estoy viejo —arguyó el tal Steel—. Cuando ahorro unos dólares compro cigarrillos de marihuana y los vendo por la calle. Algunas veces me atrapan, pero yo no perjudico a nadie con mi negocio. Pago lo que me piden por ellos y...

—Y los vendes más caros para seguir llenando la tripa, ¿verdad?

—Así es, señor.

Willy volvió su rostro hacia Joe.

—Éste no es asunto nuestro, sino de Holloway, el jefe de los narcóticos.

—Este hombre no ha venido a hablarnos de cigarrillos de marihuana.

—¿De qué entonces?

—Yo vi a la chica que arrojó el coctail Molotov.

Willy

O'Connor

sonrió ampliamente.

—Vaya, eso sí es interesante.

—A aquella hora, yo estaba haciendo mi trabajo, es decir, vendiendo por la Madison Avenue. Si veo un posible cliente, me acerco a él y trato de vender. A los de la «bofia» los huelo de lejos.

—Dices que viste a la chica. Por otros comentarios ya sabemos que era joven, bonita, rubia y vestía gabardina blanca. ¿Qué más puedes añadir?

—Un tipo se la llevó consigo.

—Ese dato tampoco es nuevo.

Tras la réplica de Willy, Joe objetó:

—Me ha dicho que tiene una noticia que por lo menos vale cien dólares.

—Conque cien dólares, ¿eh? Vamos a ver cuál es ese notición, viejo.

—La matrícula del coche que se la llevó.

—No interesa demasiado. Podía ser falsa.

El viejo, sonriendo, movió la cabeza negativamente.

—No, no es falsa, ya lo he comprobado.

—¿Cómo? —inquirió Willy.

—Le di unos cigarrillos de marihuana a un detective amigo mío.

Bueno, no tiene mucha suerte en su trabajo y me averiguó a quién pertenecía el auto que se llevó a la chica.

Willy se acercó al anciano. Agarrándolo por las solapas lo zarandeó al tiempo que increpaba:

—¡Viejo imbécil! ¿El detective ése sabe también lo que hizo la chica?

—No, él no sabe nada, le dije que era tan sólo un coche robado.

—Está bien. —Lo soltó—. ¿A quién pertenece el coche?

El viejo suspiró aliviado al verse libre.

—Se llama Buck Sherman.

—¿Buck Sherman? No he oído hablar de él. ¿Qué es o a qué se dedica?

—Lo ignoro. En la información que he recibido no está ese dato, sólo sé que vive en el ciento catorce de la calle 78, apartamento seiscientos cuatro. Creo que allí tiene a la chica.

—Bien, antes de darte los cien veremos si has mentido o no, Joe, coge a otro y ve a buscar a la chica.

—¿Y si no viene de buen grado?

—Entonces, a la fuerza.

—¿Y si el tipo que la protege ofrece resistencia?

—¡Estúpido! ¿Es que he de decirte cómo has de enviarlo al infierno?

Joe carraspeó y se alejó con otro de los matones, quedando solo uno de ellos a cargo del viejo Steel.

—¿Qué hago con él?

—Llévalo al cuarto de máquinas y encadénalo a cualquier parte.

—O.K., Willy.

—¡Eh, eh, espere! —protestó mientras casi lo arrastraban—. ¡Que yo les he ayudado, me deben cien dólares por la información!

El negro manto de la noche envolvió el abigarrado, grande y sucio puerto de Nueva York.

Willy

O'Connor

supo esperar, pero el médico apareció en el saloncito diciendo:

—Por hoy no se puede hacer más. Soy humano y tengo que descansar también.

—De acuerdo, pero que su ayudante duerma en el yate. Ese sujeto no vuelve a salir de aquí. Usted me comprende, ¿verdad, doc?

—Me parece un exceso tener que matarlo. El no dirá nada.

—Creo haber oído que iba a descansar, doc.

El galeno cerró los puños y regresó a la habitación de Marcello Apia para dar las últimas órdenes a su ayudante.

—Está bien. Mañana volveré con nuevo material.

—Levántate temprano, doc. Aquí todos estamos esperando resultados, esto es muy serio y usted no se lo cree —le dijo

O'Connor

en tono de advertencia.

Willy

O'Connor

volvió a quedar solo en el yate. Poco tiempo más tarde aparecían Joe y su compinche. Entre ambos, Myrna avanzaba asustada.

Sobre su estrecha y hermosa cintura se apoyaba el cañón de una pistola que la obligaba a caminar aun en contra de su voluntad.

—Willy, aquí la traemos.

—Vaya, la palomita que se atrevió a incinerar al rey, al fin ha sido atrapada.

—¡Asesinos! —Escupió ella.

Willy

O'Connor

se acercó y la abofeteó de derecha y de revés, sin contemplaciones, con el insano deseo de verla sufrir.

Ella quiso rebelarse, pero los dos secuaces del verdugo la sujetaron por los brazos, obligándola a soportar el castigo.

—¡Canalla!

—Vaya, tiene labia la palomita.

—Willy, hay una sorpresa más en todo esto —se apresuró a decir Joe.

—¿Cuál?

—Que Lee J. Grangers es su papá. Ella misma lo ha dicho para

amenazarnos, para conminarnos a que la dejáramos en paz.

Aquella sí fue una sorpresa para Willy que quedó ligeramente pálido. Luego, sonrió ampliamente.

—Conque la hija de Granger, ¿eh? ¿Sabe él lo que hiciste?

—No. Todo esto lo he hecho por mi cuenta, para vengar lo que le hicieron a él.

—¿Y qué hemos hecho con tu papá, encanto?

—Enlodarlo, ensuciar sus manos, convertirlo en... Dios, qué canallas son todos ustedes.

—Pues tu querido papá también pertenece a este mundillo nuestro, muñequita. Además, vamos a darle una sorpresa. El sabe que ejecutaremos de una forma ejemplar a la chica que arrojó el coctail Molotov sobre el féretro de Lavinatra y será una sorpresa para él cuando te saquemos a ti. ¿Tú qué crees que dirá, que te ejecutemos para que no lo liquidemos a él o se pondrá a suplicar por su hija adorada?

Myrna consiguió soltar una de sus manos y propinó tan fuerte bofetada sobre el rostro de Willy que le obligó a ladearse.

Tras el castigo, Willy se frotó la mejilla mientras sus hombres retorcían los brazos de la chica para doblégarla.

—Llévala, encerradla en un camarote pequeño. Yo reiré luego, cuando la saque delante de su padre. A lo mejor resulta que él es el traidor que andamos buscando.

Se llevaron a rastras a la chica y ésta gritó:

—¡Mi padre nada tiene que ver conmigo, canallas!

—Joe...

—¿Qué, Willy?

—Del tipo que la protegía, ¿qué sabes?

—No hemos averiguado nada salvo que vive bien. No estaba en el apartamento, al parecer sólo fue un tipo que al ver a la chica en peligro la salvó para luego enamorarla. No sabrá jamás adónde ha ido a parar la chica.

—Bien. Si alguna vez dais con él, enviadlo al infierno y listos. Ah, se me olvidaba; abajo está el viejo Steel.

—Sí —asintió Joe.

—Ya no es necesario en el Siroco puesto que los datos han resultado ciertos.

—¿Le damos los cien dólares y que se largue? —preguntó Joe.

Willy sonrió, todavía frotándose la mejilla afectada.

—Yo no he dicho que le des cien dólares, Joe.

—Es lo que él ha pedido por su información.

—En este caso tan delicado, en el que se hallan comprometidos los cerebros del sindicato, hay que obrar con mucha cautela. Nadie puede salir vivo de aquí sabiendo demasiado. Lastradlo con cadenas y arrojadlo por la borda. Que nadie encuentre su cadáver a menos que draguen el muelle dentro de diez años.

—De acuerdo, Willy.

—¡Asesinos! —gritó Myrna.

Recibió un fuerte golpe en la cabeza por parte de Joe y quedó inconsciente para un largo rato.

Willy

O'Connor

observó la hora en su reloj de pulsera.

—Las nueve. Faltan dos horas para la gran reunión y sabremos quién es el traidor.

Sonriendo, pensó que fuera quien fuese, siempre era importante para su carrera de verdugo del sindicato tener que eliminar a un pez gordo.

CAPÍTULO X

Flanders había cenado en una cafetería y muy frugalmente. Estaba en tensión.

Su cargo en la policía era alto y a cada acción con el sindicato se lo jugaba, pero también sabía que lo tenía gracias a colaborar con el sindicato desde que entrara como simple agente de uniforme. El dinero no le faltaba, y tampoco los crímenes sobre su conciencia. Había hecho que multitud de delitos quedaran impunes y que en más de una ocasión un inocente pagara por un culpable.

El sueño de Flanders era renunciar a todo y que le dejaran en paz para disfrutar del dinero recogido durante su vida. Tenía una amante joven, casi una niña, a la que mantenía lujosamente. Podía pedir el divorcio de su mujer, casarse con su joven amante y luego trasladarse a vivir a California con su benigno clima. Dinero no les faltaría y allí podría pasar el resto de sus días con su joven esposa hasta que le llegara la hora de reventar. Por lo menos, habría disfrutado los últimos años de su vida, de lo contrario, ¿de qué le serviría acumular tanto dinero, para que lo disfrutaran sus herederos legales?

Flanders sabía sobradamente que el sindicato no le dejaría libre. Aquellos proyectos sólo eran sueños que no veía la forma de realizar.

Pensó en la cita del Siroco. Dependía en gran parte de él descubrir al traidor que había robado los papeles de Marcello Apia y casi asesinado a éste. No se compadecía de quien fuese, él sería el primero en asentir dando su veredicto de ejecución para el culpable, ejecución que Willy

O'Connor

se encargaría de llevar a cabo.

En su despacho de la jefatura central de policía había pedido que le dejaran el detector de mentiras para hacer unas pruebas con

él.

Apartó su auto en el *parking* privado, sólo apto para coches policiales. Entró en el edificio y cambió los saludos de rigor con quienes se cruzaba. No tenía deseos de hablar, sino de terminar cuanto antes aquella noche que podía ser de pesadilla.

Flanders era algo supersticioso aunque nadie lo sabía y tenía la impresión de que aquella noche era mala, desagradable, una noche en la que las ratas podían acercarse a las piedras húmedas de sangre para lamerlas. Un espectáculo deprimente, pero que se daba muchas veces en los largos, tortuosos y complicados muelles de Nueva York.

Recogió el maletín del detector de mentiras y abandonó el edificio con él. La zona del *parking* se hallaba bastante oscura y al entrar en su auto se encontró con la desagradable sorpresa de que el cañón de una pistola le apuntaba en la nuca.

—No me obligue a disparar, Flanders.

El policía había depositado ya el detector de mentiras sobre el asiento, junto al volante, sólo le faltaba cerrar la portezuela. Miró al atacante a través del espejo retrovisor y preguntó:

—¿Es un atraco?

—¿Usted qué cree?

—No sé —respondió dueño de sí—. Podría ser que le hubiera sorprendido robando mi coche y no ha tenido tiempo de escapar.

—Mala deducción para ser usted un policía, Flander. Si estuviera robando su coche estaría en el asiento delantero y no encajado en el de atrás.

—Entonces, me esperaba, puesto que conoce mi nombre.

—Así es. Cierre la puerta y ponga el coche en marcha o me obligará a una ración de plomo en el interior de su cráneo.

—Si dispara en este sector, lleno de policías, no escapará a la silla eléctrica.

—Por entre los coches tengo alguna oportunidad de huir si me hace falta. En cambio, el que no se salva es usted, Flanders.

—Ignoro quién es usted, pero parece saber lo que persigue.

Puso el coche en marcha y ya fuera del *parking*, Sherman le ordenó:

—No haga ninguna triquiñuela para avisar a los del tráfico o a los patrulleros con las luces. Sé bien quién es usted y no le gustaría que hablase a los de la policía sobre su otra vida.

Sin perder la calma, Flanders repuso:

—Es muy ambiguo eso de que sabe quién soy yo y de esa otra vida que usted me supone.

—Nada ambiguo, Flanders. Es usted un cerebro ejecutivo del sindicato del crimen.

—¿Lo llevo en mi tarjeta de identidad? —preguntó con sarcasmo.

—No, pero yo lo sé y basta. Gracias a sus manejos dentro de la policía, el sindicato del crimen se libra de muchos peligros y sale de muchos aprietos.

—¿Puedo preguntarle quién es usted?

—Mi nombre no le dirá nada. Sherman tan sólo.

—Usted sabe mucho de mí, ¿por qué?

—Soy un solitario que trabaja por contrato.

—Y por lo visto tiene un trabajo conmigo.

—Así es.

—Ya que soy la víctima, puedo preguntar ¿qué clase de trabajo?

—Diríjase al Central Park. Daremos una vuelta por su centro.

—Dicen que es peligroso estar en el Central Park de noche.

—¿Dicen? Es usted policía, debería saberlo. Sus subordinados no pueden controlar el parque por la noche.

—A veces se hacen redadas y se capturan muchos delincuentes.

—Sí, y parejas de enamorados, pero eso a mí no me interesa ahora. Me han pagado por otra cosa.

—¿Puedo preguntar quién le ha pagado?

Sherman se encogió de hombros.

—¿Qué más da decirlo o no a estas alturas? Después de todo, no me ha dicho que me callara.

—Pues, dígamelo.

—Willy

O'Connor,

¿le conoce?

—¿Willy? No puedo creerlo.

—Pues créalo. El me ha dado diez papiros de los grandes para que usted no lleve ese detector de mentiras que ha cargado en el coche.

—Eso no es posible.

—A mí no me importa que lo crea o no. Cuando lleguemos al

lago Reservoir arrojarémos el detector a los peces, a ver si a ellos les sirve, porque al yate no podrá llegar. Me ha pagado para eso.

—Aunque usted impida que el detector llegue al Siroco, tarde o temprano se descubrirá el pastel y Willy

O'Connor

terminará su carrera de verdugo.

—A mí no me ha dicho eso.

—¿Ah, no?

—Dice que es joven y que ahora empieza de veras su carrera. Va a ser el rey del sindicato y como todos conocen su dureza y poder para aniquilar a quien se le oponga, lo respetarán obedeciéndole. Nadie averiguará nada después de esta noche.

—Ese Willy es un iluso y usted también por hacerle caso.

—Oh, yo no le hago caso, cobro mi parte y me largo. Si luego quiere contratarme de nuevo, que vuelva a pagar.

—De acuerdo, de acuerdo, el imbécil es sólo Willy que se olvida de que hay gente importante por encima de él. Hablemos de lo que interesa.

—¿De usted? —inquirió burlón.

—Sí. Cuando desaparezca el detector de mentiras, ¿qué va a ocurrir conmigo?

—¿Teme ir a hacer compañía a los peces?

—La verdad, no estoy tranquilo conociendo a Willy

O'Connor

y si él le ha pagado...

—Está usted muy frío y tranquilo, Flanders. Siga así y no perderá su vida, al menos por esta noche.

—¿Y por qué me ha elegido a mí como víctima?

—No sé, eso es cuenta de Willy

O'Connor.

Supongo que le tendrá a usted por el más peligroso del grupo del sindicato. Con este juego se desembaraza de usted y al mismo tiempo lo hace culpable por lo ocurrido al italiano.

—Una bonita jugada con la que se hace el dueño de la situación, pero yo le doy a usted veinte mil por estropearla.

—No hay trato, Flanders. Siga adelante o me verá obligado a liquidarle y a saltar del automóvil. Su muerte no sería la de un héroe, por supuesto. Se publicaría inmediatamente su verdadera

personalidad y no iría nadie a su entierro. Sus colegas de la policía escupirían sobre su cadáver y sería el ejemplo negativo para las futuras promociones de agentes.

—No estoy de humor para escuchar sarcasmos.

El coche se introdujo en el Central Park. Buck Sherman le ordenó:

—Acérquese al lago central.

En apariencia, no se veía a nadie en el parque, pero, a intervalos, sombras furtivas cruzaban ante los focos.

Cuando arribaron cerca del lago, justo en la misma orilla, Flanders detuvo su coche y Sherman ordenó:

—Coja el detector de mentiras. Apéese y láncelo al agua, lo más lejos posible de la orilla. Le estaré vigilando. Si comete alguna tontería, tendré que disparar.

Flanders cogió el detector pero trató de lanzarlo hacia atrás. Sherman escapó al golpe y asió por el cuello a Flanders al tiempo que el colocaba el cañón de la pistola por debajo de la oreja.

—Si vuelve a cometer una tontería como ésta, lo mato.

—Dígale a Willy que no se saldrá con la suya —masculó apenas sin aire por estar cogido por una presa de estrangulación.

Sherman lo soltó y procedió a registrarle, despojándole de su pistola.

—Ahora, abajo con el detector.

Flanders obedeció. Arrojó el maletín al lago, turbando su quietud, y éste se hundió con rapidez, desapareciendo bajo las oscuras aguas.

—¿Y ahora?

—Suba al coche de nuevo.

El policía obedeció. Al colocarse de espaldas a Sherman recibió un culatazo en la nuca que lo dejó inconsciente y tumbado sobre el volante.

Buck se inclinó sobre aquel desagradable individuo que desde su puesto de defensor de la ley amparaba el crimen. Movié su reloj de pulsera, adelantando las saetas una hora e hizo lo propio con el reloj del automóvil.

«Cuando despierte creará que ha dormido más de la cuenta», se dijo abandonando el coche. Su parte del plan había terminado. Ahora vendría el desenlace, un desenlace que podría resultar

funesto y que dependía de las malsanas pasiones que anidaban en las entrañas de aquellos seres enemigos de la sociedad.

CAPÍTULO XI

Myrna Grangers había golpeado inútilmente y en varias ocasiones la puerta del angosto camarote que sólo tenía una litera y ventilación a través de un renovador de aire que había en el techo. Ni siquiera tenía ojo de buey.

En una de las aristas del techo, una bombilla protegida con rejilla de hierro iluminaba el pequeño camarote que apenas tendría cuatro metros cuadrados.

Había sollozado por su situación pero al fin sus ojos se habían secado y se disponía a aguardar su destino, su fin. Iban a ejecutarla, lo sabía, pero ¿en qué forma la matarían? Le daba miedo una muerte con dolor, una muerte horrible precedida de tortura.

Todo había empezado el día que se enteró de que su padre había cedido a los sucios manejos del sindicato. Odiaba a aquellos hombres contra los cuales se sentía impotente y lo único que había podido hacer era lanzar un cocktail Molotov contra el cadáver del hombre que había perdido a su padre.

Recordó a Buck Sherman. ¿Quién era aquel hombre que había irrumpido en su vida como un tornado? ¿Un cínico, un asesino, quizás un miembro más del sindicato o simplemente un hombre que quería ayudarla, pero que nada podía hacer pese a su primera intervención en la que había resultado herido en el brazo?

No sabía qué pensar, estaba aturdida. Ahora sólo le restaba aguardar su fin. Estaba prisionera en manos de sus verdugos. Su situación era la misma de los que esperaban hora tras hora en el corredor de la muerte al final del cual se hallaba la fatídica silla eléctrica.

Escuchó pasos que se acercaban y se sobresaltó incorporándose en la litera. Se sentó en ella.

Estiró su falda para cubrir algo las piernas, pero la falda era tan corta que sólo pudo tapar un par de pulgadas de las mismas.

No había duda, iban por ella. El llavín se introdujo en la cerradura y cuando la puerta iba a abrirse, Myrna se colocó justo detrás de ella.

—¡Diablos, la chica no está! —exclamó uno de los dos matones.

Como una pantera, Myrna se abalanzó contra el rostro de Joe marcándoselo con ocho surcos que se tiñeron rápidamente de rojo.

—¡Maldita hija de perra! —gritó Joe dándole un empujón.

La muchacha fue lanzada contra el lado opuesto del pequeño camarote.

—¡Asesinos, asesinos! —chilló Myrna que hubiera deseado poseer una gran fuerza para deshacerse de sus captores. Mas, sólo era una chica hermosa que como única arma tenía sus uñas y éstas ya las había dejado marcadas en la cara del matón muy ostensiblemente.

—¡Te voy a ablandar!

—Aguarda, Joe. Willy y quien tú sabes esperan arriba. No la maltrates ahora si no quieres buscarte problemas. Luego ya tendrás ocasión de hacerlo, no dudes que Willy te la dará.

—Eso espero. Pediré el honor de la ejecución para mí y te juro que lo haré a conciencia.

La joven se horrorizó ante lo que la aguardaba, pero no había forma de escapar y sin ofrecer más resistencia se dejó conducir al saloncito que estaba en el piso superior dentro de la nave.

Tal como le ordenara Willy, Joe entró primero en el saloncito mientras su compañero aguardaba junto a la puerta con la chica.

—Ya está aquí, Willy.

En el saloncito sólo estaban Willy, Grangers y Mason, los dos primeros ejecutivos que habían acudido a la cita, una cita en la que alguien debía morir.

—Joe, ¿qué te ha ocurrido? Parece que te hayas peleado con una pantera.

—Eso es lo que parece la chica. Luego, preferiría ser yo quien se ocupase de ella.

—Te comprendo, Joe, pero ahora hazla pasar. Nuestros amigos estarán ansiosos por verla.

Lee J. Grangers estaba nervioso, se revolvía en su butaca.

Intuía lo peor y este temor se confirmó al ver aparecer a Myrna en la sala.

—¡Hija!

—Papá, ¿esto es lo que deseabas conseguir al colaborar con esos asesinos, que maten a tu hija?

—¡Willy, que la suelten inmediatamente! —ordenó Grangers poniéndose en pie.

—Quieto, quieto, ella fue quien arrojó el coctail Molotov contra el cortejo fúnebre.

—Myrna, ¿por qué lo hiciste?

—Por ti, papá, por ti. Odiaba al hombre que te perdió y tú no hacías caso de mis recomendaciones para que te alejaras del sindicato. Ahora puedes ver qué clase de gente son tus compañeros y mejor lo verás cuando yo esté muerta.

—¡Eso no ocurrirá! —exclamó Grangers.

Willy, situado junto a Grangers, había sacado su pistola. Encañonó a Grangers al tiempo que alargaba la mano para quitarle su arma.

—Mejor así —dijo guardándosela—. Podría ponerse demasiado impetuoso.

—Willy, es mi hija, la cosa ha cambiado.

—No ha cambiado, Grangers. El consejo del sindicato dictó su sentencia y éstas siempre han sido inapelables.

—Pues esta vez habrá cambio. No pretenderéis que me esté quieto mientras matan a mi hija, ¿verdad?

—Tendrá que aguantarse, Grangers, la vida es así. El sindicato no perdona. Sea listo y no perderá también su propia vida.

—¡La ofrezco a cambio de la de mi hija, a ella debéis dejarla libre!

Willy

O'Connor

rió, gozaba con aquella situación.

Grangers miró a Mason y éste volvió la cabeza hacia otro lado, signo evidente de que le negaba su ayuda. Frente al mundo externo, frente a la ley, estaban unidos, pero en cuestiones internas cada cual debía arreglárselas como pudiera.

Lee J. Grangers comenzó a sudar. Conocía al sindicato y sabía que no se volverían atrás, que matarían a Myrna y debía hacer algo para evitarlo.

—¡Si no la soltáis por las buenas, lo haréis por las malas!

Empujó violentamente a Willy y corrió hacia Myrna para liberarla de sus raptos, pero Joe se le interpuso ante la pasividad de Mason que pensaba que aquel problema no iba con él.

Grangers encajó un puñetazo en pleno rostro que lo tumbó de espaldas.

—¡Papá!

El matón que sujetaba a Myrna no la soltó y hubo de retorcer su delicado brazo a la espalda para que no se le escapara.

Willy, ya recuperado, propinó una patada a Grangers entre las cotillas.

—A lo mejor eres tú el traidor que estamos buscando y te ejecutamos junto a tu amada hija. Pronto lo sabremos. Ya son casi las once y Flanders —no tardará con el detector de mentiras.

Quien arribó en aquellos instantes al yate, hecho una furia y pistola en mano, fue Stevenson. Al ver a Grangers en el suelo y a la chica sujeta inquirió:

—¿Qué ocurre aquí?

—Sospecho que Grangers es el traidor que buscamos y su hija es la que arrojó el coctail Molotov contra el féretro de Lavinatra.

—Ella puede que lanzara el coctail, pero Grangers no es el traidor.

Todos le miraron interrogantes. Fue Mason quien, levantándose, preguntó:

—¿Ah, no? ¿Quién es entonces?

—Borruti.

Todos quedaron perplejos.

—¿Por qué Borruti? —preguntó Willy

O'Connor.

—El ha quemado mis archivos. Envío a un sicario que ha puesto el edificio Brown patas arribas y me secuestró para que no pudiera acudir a esta cita y apareciera como culpable, pero he logrado escapar y estoy aquí para liquidar a ese puerco de Borruti.

Todos se observaron entre sí, asombrados, mientras Grangers se sentaba en el suelo. Willy lo miró preocupado. Si era Borruti y no Grangers el traidor, las cosas se complicaban.

En aquellos instantes llegó a la cita Holloway, el hombre del racket.

—¡Borruti es el traidor que buscamos! —exclamó Mason.

—¿Están seguros?

—Eso dice Stevenson —arguyó Willy—. Al parecer está muy furioso.

—Sólo que lo vea le voy a poner un balazo entre las cejas. El pretendía que yo apareciera como culpable y cubrirse él al tiempo que me eliminaba. Iba a suceder a Lavinatra, él mandó golpear a Apia y lo dejó inconsciente.

—Es una acusación muy fuerte. Borruti siempre ha sido fiel al sindicato —advirtió Holloway.

La reunión se animó con la llegada de Borruti y Ricky que lo hicieron juntos.

Ricky no parecía contento precisamente. Su diestra se hallaba pegada a la camisa, ligeramente hacia el interior de la chaqueta y muy cerca de donde tenía la culata de la pistola.

—¡Holloway!

Tras la agresiva interpelación de Ricky, el interpelado repuso:

—Hola, Ricky. Pareces de mal humor.

—¿De mal humor? ¡Traidor, muerde plomo!

Por primera vez en la noche, fue jalada un arma. La detonación sonó seca, mortífera.

Holloway fue alcanzado de lleno, a boca de jarro, dos proyectiles le perforaron el pecho. Ante la estupefacción general, se desplomó en medio del olor acre a pólvora quemada.

Will inquirió:

—¿Qué ha hecho, Ricky?

Stevenson, que por furioso también estaba fuera de sí, apuntó con su pistola a Borruti.

—Tú eres el traidor, Borruti, ya lo sé bien.

—Pero ¿qué estupidez estás diciendo?

—¡Te voy a enviar al infierno por lo que has intentado hacer conmigo, pero no te ha salido bien!

Ante la sorpresa de todos, una pistola volvió a ladrar letalmente.

Borruti se llevó las manos al rostro al tiempo que se desplomaba de espaldas.

—¿Os habéis vuelto locos? —increpó Willy sacando su pistola por si acaso también había plomo contra él.

—¿Locos? —replicó Ricky—. Holloway era el traidor.

—No, el traidor era Borruti.

Mason, por su parte, objetó:

—Yo no entiendo nada.

—El traidor es Borruti. Envió a un tipo alto y rubio para quitarme de en medio y quemó mis archivos. El conocía todos los detalles sobre el Siroco, sólo podía habérselos dados Borruti.

—No, tuvo que decírselo Holloway. A mí me dio su nombre.

Willy, pistola en mano, inquirió perplejo:

—Ricky, ¿estás diciendo que también te visitó un tipo alto y rubio?

—Sí, se llama Sherman.

Stevenson asintió:

—Sí, a mí también me visitó ese tal Sherman.

Myrna los contempló angustiada. Era evidente que Buck Sherman había entrado en acción aguijoneando a aquellos alacranes para que peleasen entre sí.

—A ti te ha dicho que el traidor era Holloway y a ti que era Borruti.

Ambos asintieron con la cabeza. Los cañones de sus pistolas aún estaban calientes y dos cuerpos yacían ya sin vida en el suelo.

Stevenson y Ricky quedaron frente a frente, mirándose perplejos. Comenzaban a percatarse de que habían sido engañados.

—Pero ese tipo, Sherman, ¿para quién trabaja entonces? —exclamó Stevenson furioso.

—Es lo que me gustaría averiguar. Por lo visto, se ha dicho «divide y vencerás» y ya hay dos cadáveres en el suelo.

—Por todos los diablos, el tal Sherman hablaba en serio. Por poco me liquida en el hipódromo. Tiene una puntería endiablada.

Willy miró a Mason y preguntó:

—¿Qué sabes tú de esto?

—¿Yo? Nada, os lo aseguro, estoy tan atónito como los demás.

—¿Y tú Grangers? —preguntó Ricky.

—Nada, sólo que Willy ha traído aquí a mi hija y no estoy dispuesto a que la maten. Es una chiquilla y ha cometido tan sólo una chiquillada.

Willy, ignorando las protestas del padre, observó:

—Flanders tenía que traer el detector de mentiras. ¿Por qué no está aquí ya? Es la hora convenida para la reunión.

—¿Crees que Flanders es el que ha contratado al tal Sherman

para enfrentarnos entre nosotros y luego tomar el mando del sindicato?

Willy repuso a Stevenson:

—Eso se lo preguntaremos a él, pero a mí particularmente no me gusta esta situación.

—¿Qué hacemos, recibimos a Flanders con saludos de plomo? —preguntó Stevenson.

Ricky escrutó receloso al verdugo. Después preguntó:

—¿Y por qué tiene que ser Flanders y no tú, Willy?

Willy

O'Connor

palideció. Los otros dos hombres estaban armados y pese a que sus secuaces se hallaban cerca, la situación se complicaba.

Comprendía que las dudas, las suspicacias, anidaban ya en los cuerpos de todos y nadie iba a fiarse de nadie. Aquello se había convertido en una lucha salvaje en la que había que matar antes de ser muerto.

—¿Yo? ¡Estúpido! ¿Por qué habría de ser yo?

—No sé, se me ha ocurrido. Tienes interés en que sea Flanders y, que yo sepa, aparte de retrasarse un poco, no hay por qué sospechar de él.

—Puestos a dudar, también puedo sospechar de ti, Ricky.

—¿De mí? —prorrumpió en una brutal carcajada.

—Sí, de ti. Haber matado a Holloway puede haber sido tan sólo una estratagema para preparar tu coartada como diría la «bofia».

—Si es así, en el mismo lugar está Stevenson.

Flanders apareció súbitamente.

Saltando al interior del saloncito, trató de sorprender por detrás de los matones al verdugo del sindicato.

—¡Willy, traidor!

—¡Flanders!

—¿Y el detector de mentiras? —inquirió Mason.

—En el fondo del lago del Central Park. El amigo de Willy, un tal Sherman, lo ha hecho desaparecer en el fondo del agua, pero ¿qué ha ocurrido? Hay dos muertos...

Clavar sus ojos en los cadáveres fue su descuido.

Willy

O'Connor,

un hábil y frío pistolero que no precisamente por torpe había llegado a convertirse en el verdugo del sindicato, sacó su pistola y disparó contra Flanders alcanzándole de lleno en el corazón.

Todos miraron a Willy que tenía su pistola todavía humeante.

Mason dijo:

—Estamos como antes, pero con tres muertos. ¿Quién es el traidor?

—¡No hay traidor alguno! —advirtió una voz que sonó a través de un altavoz colocado en el exterior—. ¡El F.B.I. les tiene rodeados! ¡Tiren sus armas y salgan todos con las manos en alto!

Corrieron hacia las ventanas del saloncito, mirando hacia el muelle. Una docena de focos iluminaban profusamente la cubierta del yate.

—¡Estamos copados, esto ha sido una trampa de la policía! —masculó Stevenson.

—¡Podemos escapar nadando! —propuso Ricky fuera de sí.

Al correr hacia el otro lado de la nave descubrieron una lancha de la policía que se había aproximado lentamente hasta detenerse a una distancia prudencial. Ahora había encendido su foco iluminando el Siroco. Sus ametralladoras estaban preparadas, a punto de vomitar fuego.

—¡Saldremos con la chica por delante! —masculó Willy—. Ahora caigo que Sherman es el tipo que protegió a la muchacha y sabrá mucho de ella.

—¡Deja a mi hija, canalla! —aulló Lee J. Grangers saltando sobre Willy.

Los dos hombres rodaron por tierra. Grangers atacó bravamente, como una fiera pese a carecer de armas y contra la automática que empuñaba Willy con tal de defender a su hija.

Joe empuñó su pistola. Acercóse a Grangers y le apoyó en su cabeza para no fallar. Disparó.

En aquellos instantes, Myrna concentró toda su fuerza en sus dientes y mordió rabiosamente la mano del otro tipo.

Jacky profirió un alarido y antes de que Willy se recuperara, la joven corría hacia cubierta.

Willy

O'Connor,

fuera de sí, pistola en mano, fue en su persecución pero se encontró

con Buck Sherman ante él, armado de una pistola.

—Tira tu arma, Willy

O'Connor.

—¡Antes te mato, polizonte!

Buck Sherman, tras el que se había escondido Myrna, jaló el gatillo de su arma. El verdugo del sindicato cayó redondo al suelo. Por primera vez en su vida, alguien se le había adelantado.

Joe y Jacky repelieron el ataque de Sherman disparando contra él, pero el federal se lanzó dentro del saloncito jalando repetidamente el gatillo.

Vio caer a dos de aquellos tipos mientras otros tres se apresuraban a levantar las manos soltando sus armas y entregándose al F.B.I.

—Todos quieto. Ahora responderéis ante la Corte por vuestros crímenes. El sindicato, por lo menos durante un largo tiempo, ha sido destruido y os lo dice Buck Sherman que es quién se ha encargado de ello.

—¡Cuidado, Buck!

Ante el grito de alarma de Myrna, se lanzó plano al suelo.

Por encima de él pasó Francesco como una bala, con un cuchillo de hoja desnuda por delante.

—Quietos, no me obligues a liquidarte a ti también en nombre del F.B.I.

Pese a sus ímpetus, Francesco quedó controlado por Sherman, que agregó:

—Estáis todos detenidos, también tu amo Marcello Apia por entrada ilegal en los Estados Unidos.

—Está malherido —advirtió Mason.

—No, sólo tiene una inyección de una droga que le administré para que durmiera y no molestara.

Todos palidecieron. Francesco se revolvió hecho una furia y Buck tuvo que dispararle al brazo haciendo saltar el cuchillo de su diestra.

Pronto el yate fue abordado por los agentes federales que se hicieron cargo de la situación. El sindicato del crimen había caído.

El fiscal federal Carrigan no aprobaría mucho los métodos nada ortodoxos con que el agente Buck Sherman había resuelto aquel difícil caso, pero a la vista de los resultados sonreía satisfecho.

La cacería había sido importante. El mundo del crimen se tambaleaba con aquel gravísimo golpe del que le costaría reponerse.

Mientras los hampones que se habían entregado eran esposados y trasladados a los coches y llegaban las ambulancias que habrían de transportar los cadáveres a la Morgue, Buck Sherman se acercó a Myrna.

La muchacha se hallaba arrodillada junto a la cabeza casi carente de cabello de su padre, que yacía inerte.

El hombre moduló con voz ronca:

—Lo siento Myrna, no he podido evitar lo de tu padre.

—Lo sé, Buck, lo sé —suspiró—. En ningún momento imaginé que fueras un federal, pero sabía que tratabas de ayudarnos. En cuanto a él, lo han matado por tratar de salvarme.

—Vivió equivocado, pero ha muerto como un valiente. Será preferible que lo recuerdes así.

La cogió por los brazos y la levantó. Luego, le pasó la mano por el hombro y la sacó a cubierta dirigiéndose hacia la pasarela del yate.

Myrna Grangers iba a necesitar compañía, alguien que supiera comprenderla y Sherman estaba dispuesto a ser ese alguien.

La estrechó instintivamente transmitiéndole su fuerza, su fe en el futuro.

Ella le miró, olvidándose de las lágrimas que se habían secado en sus ojos.

Al ver el rostro del hombre, en las pupilas femeninas también brilló la esperanza de una nueva vida. Se arrebujó mejor bajo el brazo de Sherman, sintiéndose protegida.

Atrás quedaban las luces, pálidas por la niebla que aquella noche envolvía el siempre abigarrado y sucio puerto de Nueva York.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

